

LA LECTURA PARA TODOS.

SEMANARIO ILUSTRADO.

NOVELAS, VIAJES, LITERATURA HISTORIA, ETC., ETC.

PRECIOS : EN MADRID,

LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. 8 reales.
Seis meses. 15 »
Un año. 28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Principe, núm. 41.
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

PRECIOS : EN PROVINCIAS,

FRANCO DE PORTE.

Tres meses. 12 reales.
Seis meses. 21 »
Un año. 38 »



LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

Buenhumor apoyó una rodilla sobre el pecho del Indio.... y le hundió el puñal en el corazon.

LOS TRAMPEROS DEL ARKANSAS.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

Por M. GUSTAVE AIMARD.

TRADUCIDA

Por D. J. F. SAENZ DE URRACA.

(Continuacion. — Véase el núm. 4.º)

—¿Qué hay? preguntó Corazon Leal.
—Lea V., contestó laconicamente Buenhumor.
El cazador se apoderó del papel y le leyó con avidez.

Solo contenia estas palabras:
«Estamos prisioneros de los Pielos Rojas.....
¡Valor!..... Ninguna desgracia ha sucedido a la madre de V.»

—¡Bendito sea Dios!..... exclamó Corazon Leal con efusion, besando el papel, que guardó en seguida en su pecho, ¡mi madre está viva!.....
¡Oh! yo la encontraré!.....

—¡Pardiez! ya lo creo! dijo Buenhumor con tono de entera conviccion.

Habíase verificado como por encanto, en el ánimo del cazador, un cambio completo; se hallaba ya de pie, erguido y con la frente radiante.

—Comencemos nuestras pesquisas, dijo; acaso alguno de los desventurados habitantes se haya librado de la muerte; por él sabremos lo que ha ocurrido.

—Bueno, dijo Buenhumor alegremente; eso es, busquemos.

Los perros escarbaban con frenesí en las ruinas del fuerte.

—Comencemos por ahí, dijo Corazon Leal.

Ambos apartaron los escombros. Trabajaban con un ardor que ellos mismos no alcanzaban a comprender.

Al cabo de veinte minutos descubrieron una especie de trampa. Debajo de ella se oían gritos débiles é inarticulados.

—¡Abi están! dijo Buenhumor.

—¡Dios quiera que hayamos llegado á tiempo para salvarlos! repuso Corazon Leal.

Solo al cabo de bastante tiempo, y á costa de trabajo, lograron levantarla.

Entonces se ofreció ante su vista un espectáculo horroroso.

En una cueva, de la que se exhalaba un olor fétido, habia unos veinte individuos materialmente amontonados unos sobre otros.

Los cazadores no pudieron reprimir un movimiento de espanto, y retrócedieron á pesar suyo.

Pero inmediatamente volvieron á la boca de la cueva para tratar de salvar á algunas de las desgraciadas victimas, si aun era tiempo.

De todos aquellos hombres, solo uno daba algunas señales de vida; los demás estaban muertos.

Le sacaron del subterráneo, le tendieron cuidadosamente sobre un monton de hojas secas, y le prodigaron los auxilios que exigia su estado.

Los perros lamian suavemente las manos y el rostro del herido.

Al cabo de algunos minutos, aquel hombre hizo un movimiento leve, abrió los ojos varias veces, y en seguida lanzó un suspiro profundo.

Buenhumor introdujo entre sus oprimidos dientes la boca de un frasco forrado de cuero y llenó de ron, y le obligó á tragar algunas gotas de este licor.

—Muy malo está, dijo el cazador.

—Es hombre perdido, contestó Corazon Leal moviendo la cabeza.

Sin embargo, el herido había recobrado algunas fuerzas.

—¡Dios mío! dijo con voz débil y entrecortada, ¡morir!..... voy a morir!.....

—Tenga V. esperanza, contestó Buenhumor con dulzura.

Un sonrosado leve tiñó las pálidas mejillas del herido, y una sonrisa crispó sus labios.

—¿Para qué he de vivir? repuso: los Indios han asesinado a todos mis compañeros después de haberlos mutilado de una manera horrorosa; la vida sería una carga harto pesada para mí.

—Si antes de morir desea V. alguna cosa que nosotros podamos hacer, hable V., y a fé de cazadores lo harémos.

Los ojos del moribundo brillaron de un modo siniestro.

—Déme V. su frasco, dijo a Buenhumor.

Este se lo acercó a los labios.

El herido bebió con avidez; su frente se cubrió de un sudor frío, y un color febril inflamó su rostro, que adquirió entonces una expresión aterradora.

—Escuchen VV., dijo con voz ronca y breve: yo era quien mandaba aquí; los Indios, ayudados por un miserable mestizo que nos ha vendido a ellos, han sorprendido la aldea.

—¡El nombre de ese mestizo! dijo el cazador con viveza.

—¡Ha muerto!..... yo le maté! contestó el capitán con un acento indefinible de odio y de alegría. Los Indios quisieron apoderarse del fuerte; la lucha fué terrible: éramos doce hombres decididos contra cuatrocientos salvajes: ¿qué podíamos hacer? luchar hasta morir. Esto fué lo que resolvimos. Los Indios, conociendo la imposibilidad de cogernos vivos, nos echaron los colones de la aldea, después de haberles arrancado la piel del cráneo y cortado las manos, y en seguida incendiaron el fuerte.

El herido, cuya voz se debilitaba cada vez mas, y cuyas palabras comenzaban a ser ininteligibles, bebió algunas gotas de licor, y en seguida continuó su narración, que los cazadores escuchaban con avidez.

—Un subterráneo que servía de cueva se escondía por debajo de los fosos del fuerte: cuando conocí que ya no nos quedaba medio alguno de salvación, y que la fuga era imposible, hice que mis desgraciados compañeros bajasen a aquella cueva, esperando que acaso permitiría Dios que pudiésemos salvarnos así. Algunos minutos después se hundió el fuerte sobre nosotros. Nadie puede imaginarse los tormentos que hemos sufrido en ese subterráneo infecto, sin aire y sin luz. Los gritos de los heridos, y todos lo estábamos mas ó menos, que pedían agua, el estertor de los moribundos, todo, en fin, formaba un concierto espantoso que no es posible describir. Nuestros sufrimientos, intolerables ya, se acrecentaron con la falta de aire; apoderóse de nosotros una especie de locura furiosa; nos lanzamos unos contra otros, y en las tinieblas, sobre un montón de escombros, comenzó un combate hediondo que solo había de concluir con la muerte de cuantos en él tomaban parte. ¿Cuánto tiempo duró? no podré decirlo. Ya sentía yo que la muerte, que se había apoderado de todos mis compañeros, iba a alcanzarme también, cuando llegaron VV. a retrasarla algunos minutos. ¡Loado sea Dios! ya no moriré sin venganza.

Después de estas palabras, pronunciadas con voz casi inarticulada, reinó entre aquellos tres hombres un silencio fúnebre que solo era interrumpido por el sordo estertor del moribundo, cuya agonía comenzaba.

De improviso se contrajo con fuerza el cuerpo del capitán, se incorporó, y fijando en los cazadores una mirada sangrienta, dijo:

—Los salvajes que me han atacado pertenecen a la nación de los Comanches; su jefe se llama Cabeza de Aguila: ¿juran VV. vengarme como leales cazadores?

—¡Lo juramos! exclamaron los dos hombres con firme acento.

—¡Gracias! murmuró el capitán, y cayendo bruscamente hacia atrás, quedó inmóvil.

Estaba muerto.

Su semblante crispado y sus ojos abiertos, conservaban aun la expresión de la desesperación y el odio que le habían animado hasta en su último momento.

Los cazadores le miraron un momento; luego, desechando aquella impresión penosa, se dispusieron a tributar los últimos honores a las desgraciadas víctimas de la rabia de los Indios.

Al ocultarse los postreros rayos del sol poniente, terminaba la dura faena que se habían impuesto.

Después de haber descansado algunos instantes, Corazon Leal se levantó y ensilló su caballo.

—Ahora, hermano, dijo a Buenhumor, sigamos la pista de Cabeza de Aguila.

—Vamos allá, contestó el cazador.

Los dos hombres dirigieron en torno suyo una prolongada y triste mirada de despedida, y silbando a sus perros, se internaron atrevidamente en el bosque en cuya espesura habían desaparecido los Comanches.

En aquel momento salió la luna sobre un Océano de vapores, y derramó profundamente sus melancólicos rayos sobre las ruinas de la aldea americana, en la que reinaban para siempre la soledad y la muerte.

X.

EL CAMPO ATRINCHERADO.

Dejarémos a los cazadores que sigan la pista de los Pieles Rojas, y volverémos al lado del general.

Algunos minutos después de que los dos hombres abandonasen el campo de los Mejanos, el general salió de la tienda, y dirigiendo una mirada investigadora a cuanto le rodeaba, y respirando la fresca brisa de la mañana, comenzó a pasearse con aire preocupado.

Los acontecimientos de la pasada noche habían producido viva impresión en el ánimo del viejo soldado.

Por primera vez, quizás, desde que había emprendido aquella expedición, la observaba bajo su verdadero punto de vista; preguntábase a sí mismo si en realidad tenía derecho para imponer aquella vida de continuas emboscadas y peligros a una jóven de la edad de su sobrina, cuya existencia solo había sido hasta entonces una serie no interrumpida de emociones dulces y tranquilas, y que probablemente no podría acostumbrarse a aquellos peligros incansables y a aquella vida de las praderas, que en poco tiempo destruye la fortaleza de las almas de mejor temple.

Grande era su perplejidad. Adoraba a su sobrina; era su único amor, su único consuelo. Para ella habría sacrificado mil veces cuanto poseía, sin pesar y sin vacilación; pero, por otra parte, las circunstancias que le habían obligado a emprender aquel viaje peligroso, eran de tal importancia que se estremecía y sentía brotar en su frente un sudor frío, solo con la idea de renunciar a su propósito.

—¿Qué he de hacer?..... decía; qué he de hacer?.....

Doña Luz, que a su vez salía de su tienda, vió a su tío, cuyo agitado paseo continuaba; corrió presurosa hacia él, y echándole cariñosamente los brazos al cuello y besándole, le dijo:

—Buenos días, tío.

—Buenos días, hija mía, contestó el general, quien tenía la costumbre de llamarla así; vamos, veo que estás hoy muy alegre.

Y le pagó con creces las caricias que le prodigaba.

—¿Por qué no he de estar alegre, tío? A Dios gracias, acabamos de librarnos de un peligro inmenso: en la naturaleza parece que todo nos sonríe; los pájaros cantan en todas las ramas; el sol nos inunda con sus tibios rayos, y seríamos injustos para con el Criador si permaneciésemos insensibles a esa manifestación de su poder.

—Segun eso, ¿nuestros peligros de la pasada

noche ninguna impresión desagradable han dejado en tu mente, querida niña?

—Ninguna, tío, mas que una gratitud inmensa por los beneficios con que Dios nos ha colmado.

—Bien, hija mía, repuso gozoso el general; soy muy feliz al oírte hablar así.

—Me alegro de complacer a V., tío.

—¿De modo, continuó el general siguiendo con su idea fija, que la vida que llevamos en los momentos actuales no te cansa ni fastidia?

—Nada de eso, dijo la jóven sonriendo; por el contrario, la encuentro muy agradable, y sobre todo, muy variada y accidentada.

—Sí, dijo el general participando de la alegría de su sobrina. Pero me parece, añadió recordando su serenidad, que olvidamos demasiado a nuestros libertadores:

—Se han marchado, contestó Doña Luz.

—¿Se han marchado? repitió el general estremeándose.

—Hace ya una hora.

—¿Cómo lo sabes, hija mía?

—Por una razón muy sencilla, tío: se han despedido de mí antes de marcharse.

—¡No está bien hecho! murmuró el general con tristeza. Un favor liga tanto a los que le hacen como a los que le reciben; no debían haberlos abandonado así, sin decirnos si podremos volverlos a ver algún día, y aun sin dejarnos sus nombres.

—Yo los sé.

—¿Los sabes, hija mía? dijo el general con extrañeza.

—Sí, tío; antes de marcharse me los han dicho.

—¿Y cómo se llaman? preguntó el general con viveza.

—El mas jóven, Buenhumor.

—¿Y el de mas edad?

—¡Corazon Leal!

—¡Oh! preciso será que yo vuelva a encontrar a esos dos hombres, dijo el general con una emoción que él mismo no acertó a definir.

—¿Quién sabe? repuso la jóven meditabunda; acaso en el primer peligro que nos amenace, los verémos aparecer cual dos géneos benéficos.

—¡Dios quiera que no debamos a tal motivo su regreso a nuestro lado!

El capitán Aguilar se acercó en aquel momento a darles los buenos días.

—Vamos, capitán, dijo el general sonriendo, ¿se han repuesto ya sus soldados del susto de anoche?

—Completamente, mi general, contestó el jóven; se hallan dispuestos a marchar tan luego como dé V. la orden.

—Después de almorzar levantarémos el campo; tenga V. la bondad de dar a los lanceros las órdenes necesarias y enviarme al Hablador.

El capitán se retiró.

—En cuanto a ti, sobrina, continuó el general dirigiéndose a Doña Luz, te ruego que apresures los preparativos del almuerzo mientras hablo con el guía.

La jóven se fué.

Muy luego llegó el Hablador.

Su aspecto era mas sombrío; su cara estaba mas seria y cejijunta que de costumbre.

—El general pareció que no lo observaba.

—Ya sabe V., le dijo, que ayer le manifesté la intención de buscar un sitio en donde mi tropa pudiese acampar con seguridad durante algunos días.

—Sí, mi general.

—Me aseguró V. que conocía un sitio que llenaba perfectamente nuestro objeto.

—Sí, mi general.

—¿Está V. dispuesto a conducirme a él?

—Cuando V. S. quiera.

—¿Cuánto tiempo necesitamos para trasladarnos allá?

—Dos días.

—Muy bien. En cuanto almorcemos nos pondremos en marcha.

El Hablador se inclinó sin contestar.

—A propósito, dijo el general con fingida in-

diferencia; pero me parece que le falta á V. uno de sus hombres.

— Sí, Señor.

— ¿Qué ha sido de él?

— No lo sé.

— ¿Cómo! ¿No lo sabe V.? exclamó el general dirigiéndole una mirada investigadora.

— No. En cuanto vió el incendio se apoderó el miedo de él, y huyó.

— ¿Y qué?

— Probablemente habrá sido víctima de su cobardía.

— ¿Qué quiere V. decir?

— Que el fuego le habrá devorado.

— ¡Pobre diablo!

Una sonrisa sardónica arqueó los labios del guia.

— ¿No tiene V. S. mas que decirme, mi general?

— No..... ¡Ah! aguarde V.

— Ya aguardo.

— ¿No conoce V. á esos dos cazadores que anoche nos prestaron un servicio tan importante?

— Todas las gentes se conocen unas á otras en la pradera.

— ¿Quiénes son esos hombres?

— Unos cazadores.

— No es eso lo que pregunto á V.

— ¿Pues qué es, entonces?

— Hablo á V. de su moralidad.

— ¡Ah! dijo el guia haciendo un movimiento.

— Sí.

— Nada sé.

— ¿Cómo se llaman?

— Buenhumor y Corazon Leal.

— ¿Y nada sabe V. de su vida?

— Nada.....

— Está bien: entonces puede V. retirarse.

El guia saludó y fué lentamente á reunirse con sus compañeros, que estaban haciendo sus preparativos de marcha.

— ¡Vamos! murmuró el general siguiéndolo con la vista; yo vigilaré á ese tuno, pues su conducta es algo equívoca.

El general, despues de hacer esta reflexion, entró en la tienda donde el capitán, el médico y Doña Luz le aguardaban para almorzar.

El almuerzo fué breve.

Media hora despues, todo lo mas, la tienda estaba recogida y doblada, los cajones cargados sobre las mulas y la caravana continuaba su viaje bajo la direccion del Hablador, quien iba de esplorador á unos veinte pasos á vanguardia.

El aspecto de la pradera habia variado mucho desde la víspera.

La tierra negra y quemada se hallaba cubierta en ciertos sitios por montones de cenizas humeantes; en varios puntos, algunos árboles calcinados, pero que aun estaban de pié, mostraban su triste esqueleto. A lo lejos seguia bramando el incendio, y nubes de un humo cobrizo ocultaban el horizonte.

Los caballos no avanzaban sino con precaucion por aquel terreno accidentado, en el que con frecuencia tropezaban en los huesos de los animales alcanzados por el ataque terrible de las llamas.

Habiase apoderado de los viajeros una tristeza sombría, aumenta la todavia por la vista del paisaje que se extendía delante de ellos; caminaban al lado unos de otros, sin hablarse, sumidos en sus reflexiones.

El camino que seguia la caravana serpenteaba por un barranco estrecho, cauce, seco ya, de algun torrente profundamente encajonado entre dos colinas.

El terreno que pisaban los caballos se componia de guijarras redondas que se escapaban de debajo de sus herraduras y aumentaban los obstáculos de la marcha, que hacian aun mas difícil los rayos abrasadores del sol que caian á plomo sobre los viajeros, sin que pudiesen librarse de ellos, porque el terreno que atravesaban habia tomado completamente la apariencia de uno de esos vastos desiertos que se encuentran en el interior de Africa.

Así trascurrió el dia sin que ningun incidente interrumpiese la monotonía del viaje.

Por la noche acamparon en una llanura entera-

mente desnuda; pero en el horizonte vieron verdor, y fué para ellos un gran consuelo, pues al fin iban á penetrar en una zona á la que no habia llegado el incendio.

Al dia siguiente, dos horas antes de salir el sol, el Hablador dió la órden de marcha.

Aquel dia fué aun mas molesto que el precedente; los viajeros estaban materialmente estenuados cuando acamparon.

El Hablador no habia engañado al general, pues el sitio estaba admirablemente elegido para rechazar un ataque indio; no le describiremos, porque ya le conoce el lector: era el mismo paraje en que se hallaban los dos cazadores cuando los pusimos en escena por primera vez.

El general, despues de haber dirigido en torno suyo esa mirada infalible propia del buen militar, no pudo menos de manifestar su satisfaccion.

— ¡Bravo! dijo el guia; si para llegar aquí he nos tenido que vencer dificultades casi insuperables, al menos en un caso dado podriamos sostener un sitio en este punto.

El guia no contestó: solo se inclinó con una sonrisa equívoca, y se retiró.

— ¡Es singular! murmuró el general; aunque en la apariencia la conducta de ese hombre es leal, y me veo en la imposibilidad de tacharle la menor cosa, no sé por qué tengo el presentimiento de que nos engaña y de que está ideando algun proyecto diabólico contra nosotros.

El general era un soldado viejo, muy experimentado, que nada queria dejar á merced de la casualidad, ese *deus ex machina* que en un segundo destruye los planes mejor concebidos.

No obstante el cansancio de su gente, no quiso perder un solo instante; ayudado por el capitán mandó cortar una cantidad de árboles con el fin de formar un atrincheramiento sólido, erizado de aballos de frisa. Delante del atrincheramiento obraron los lanceros un ancho foso, cuya tierra echaron en la parte del campamento; luego detrás de este segundo atrincheramiento se amontonaron los fardos de modo que formasen un tercero y último recinto.

Pusieron la tienda en medio del campamento; e colocaron las centinelas, y cada cual fué á enregarse á un descanso de que habia gran necesidad.

El general, que intentaba permanecer algun tiempo en aquel sitio, queria procurar la posible eguridad á sus compañeros, y merced á sus numerosas precauciones creia haberlo conseguido.

Hacia dos dias que los viajeros andaban por caminos en estremo molestos, durmiendo poco, no deteniéndose sino el tiempo estrictamente necesario para tomar un poco de alimento, y como hemos dicho, estaban rendidos de cansancio; por eso los centinelas, no obstante su deseo de permanecer despiertos, no pudieron resistir al sueño que les abrumaba, y tardaron muy poco en quedarse profundamente dormidos.

Hacia las doce de la noche, en el momento en que todos los del campamento se hallaban sepultados en profundo sueño, un hombre se levantó cautelosamente, y arrojándose en la sombra con la ligereza de un reptil, avanzando con estrema precaucion, se deslizó fuera de las barricadas y de los atrincheramientos.

Entonces se tendió en el suelo, y muy despacio, de un modo casi insensible, valiéndose de las manos y las rodillas, se dirigió por entre la crecida yerba hácia un bosque que cubria el primer término de la colina y se extendía á lo lejos por la pradera.

Cuando hubo llegado á cierta distancia, seguro ya de no ser descubierto, se levantó.

Un rayo de luna que pasó entre dos nubes iluminó entonces su rostro.

¡Aquel hombre era el Hablador!

Miró en torno suyo, escuchó atentamente, y luego imitó con singular perfeccion el ladrido del perro de las praderas.

Casi instantáneamente fué repetido el mismo ladrido, y apareció un hombre á la distancia de unos diez pasos, cuando mas, del Hablador.

Aquel hombre era el guia que tres dias antes se habia escapado del campamento en los primeros momentos del incendio.

XI.

EL TRATO.

Los Indios y los que frecuentan las selvas tienen dos lenguajes que emplean alternativamente, segun las circunstancias.

El lenguaje hablado y el de la mimica.

Como el lenguaje hablado, el de la mimica tiene en América infinitas variaciones, pues cada uno, por decirlo así, tiene el suyo. Es una reunion de gestos singulares y misteriosos, una especie de telegrafo masonico, cuyos signos, que varian al antojo de los que los emplean, solo son comprensibles para un escaso número de adeptos.

El Hablador y su compañero hablaban por gestos.

Esta conversacion singular duró cerca de una hora; parecia interesar en tales términos á los interlocutores que, no obstante las estremadas precauciones que habian empleado para no ser sorprendidos, no repararon en dos ojos brillantes que desde lo mas espeso de unos matorrales se hallaban fijos en ellos con singular tenacidad.

— En fin, dijo el Hablador aventurándose á pronunciar algunas palabras, aguardo vuestras órdenes.

— Y no tendrás que aguardarlas mucho tiempo, contestó el otro.

— Cuento contigo, Kennedy; en cuanto á mí, he cumplido mi promesa.

— Bueno, bueno; no se necesita hablar tanto para entenderse, dijo Kennedy encogiéndose de hombros; solo que hubieras hecho mejor en conducirlos á otra posicion menos fuerte: ahí no será facil sorprenderlos.

— Eso es cuenta nuestra, dijo el Hablador con su malvada sonrisa.

Su compañero le miró un momento atentamente.

— ¡Cuidado, compadre! dijo; siempre es una orpeza jugar con dos barajas con hombres como nosotros.

— Mi juego es limpio; pero nos conocemos hace tiempo; ¿no es cierto, Kennedy?

— ¿Qué mas?

— ¡Pardiez! que no quiero que esta vez me suceda lo que en otras, nada mas.

— ¿Te arrepientes, ó piensas acaso hacernos traicion?

— No me arrepiento, ni tengo intencion alguna de haceros traicion.

Pero.....

— ¿Pero qué? preguntó el otro.

— Esta vez no quiero entregaros lo que os he prometido, sino cuando mis condiciones queden aceptadas esplicitamente; de lo contrario, no.....

— Al menos hablas con franqueza.

— En materia de negocios es preciso tener lealtad, observó el Hablador moviendo la cabeza.

— Es muy justo. Pues bien; repíteme tus condiciones y veré si podemos aceptarlas.

— ¿Para qué? Tú no eres el jefe principal, ¿verdad?

— Es cierto; sin embargo.....

— Nada podrias hacer, y por lo tanto es inútil. Ahora, si estuviese aquí *Ouaktehno* (el que mata), si se hallase presente, seria otra cosa. Estoy seguro de que muy pronto nos entenderiamos.

— Pues entonces habla, porque te está escuchando, dijo una voz fuerte y sonora.

Hubo un movimiento violento en los matorrales, y el personaje que hasta aquel momento habia permanecido siendo testigo invisible de la conversacion de los dos hombres, juzgó sin duda que habia llegado el momento oportuno para tomar parte en ella, porque de un salto se lanzó desde el sitio en que estaba escondido, y fué á colocarse entre los interlocutores.

— ¡Oh! oh! ¿Nos escuchaba V., capitán Ouaktehno? dijo el Hablador tan impasible como siempre.

— ¿Le disgusta á V. eso? preguntó el recién llegado con una sonrisa irónica.

— No por cierto.

— Pues entonces continúe V., amigo mio, que soy todo oidos.

— A la verdad, dijo el guia, acaso sea mejor eso.

— Muy bien, hable V. que ya escucho.
El personaje á quien el Hablador daba el terrible nombre indio de Ouaktelino era un hombre de pura raza blanca, que tendria á lo sumo treinta años de edad; era de estatura elevada y bien proporcionada, de porte elegante, y llevaba con notable desembarazo el traje pintoresco de los habitantes de los bosques.

Sus facciones eran nobles, características, y tenían esa espresion altanera y leal que con tanta frecuencia se encuentra entre los hombres acostumbrados á la vida ruda y libre de las praderas.

Fijaba en el Hablador sus grandes ojos negros y chispeantes; una sonrisa misteriosa arqueaba sus labios, y se apoyaba indolentemente en su carabina mientras escuchaba al guia.

— Si hago que caigan en poder de V. las personas que para escollarlas y guiarlas traigo, dijo el bandido, ha de ser encontrando en ello gran ganancia.

— ¡Es muy justo! observó Kennedy, y esa ganancia el capitán se halla dispuesto á asegurarla.

— Sí, dijo el capitán haciendo un gesto afirmativo con la cabeza.

— Muy bien, repuso el guia; ¿pero cuál será esa ganancia?

— ¿Qué pide V.? dijo el capitán. Preciso es que sepamos sus condiciones para ver si podemos aceptarlas.

— ¡Oh! mis condiciones son muy moderadas y sencillas.

— ¿Pero cuáles son?

El guia titubeó, ó por mejor decir calculó mentalmente las eventualidades de ganancias y pérdidas que le ofrecía aquel negocio, y al cabo de un instante repuso:

— Esos Mejicanos son muy ricos.

— Es probable, dijo el capitán.

— Entonces me parece que...

— Hable V. sin rodeos, amigo; pues no tenemos tiempo para escuchar sus circunloquios. Como les sucede á los demás mestizos, el carácter indio prevalece siempre en V., y nunca puede ir sencillamente al grano.

— Pues bien, repuso bruscamente el guia, quiero cinco mil pesos fuertes, ó no hacemos el negocio.

— ¡En hora buena! eso es hablar lisa y llanamente, y ahora ya sabremos á que atenernos. ¿Con qué quiere V. cinco mil pesos fuertes?

— Sí.

— ¿Y mediante esa cantidad se encarga V. de entregarnos el general, su sobrina y todos los individuos que le acompañan?

— A la primera señal de V.

— Muy bien. Ahora escuche V. lo que voy á decirle.

— Ya escucho.

— Me conoce V. bien, ¿no es cierto?

— Perfectamente.

— ¿Sabe V. que se puede contar con mi palabra?

— Es infalible.

— Bueno: si cumple V. con fealdad los compromisos que contrae libre y espontáneamente conmigo, es decir, si me entrega V., no digo á todos los Mejicanos que componen su caravana, personas muy distinguidas, sin duda alguna, pero de quienes me cuido muy poco, sino tan solo á la jóven llamada Doña Luz, no daré á usted cinco mil pesos fuertes, como me pide, sino ocho mil. Me ha entendido V., ¿verdad?

Los ojos del guia brillaron con una espresion de ansia y de codicia.

— Sí, dijo presuroso.

— Bueno.

— Pero será cosa difícil atraerla sola fuera del campamento.

— Eso es cuenta de V.

— Mas me gustaria entregarlos todos juntos.

— ¡Vayan al diablo! ¿Qué quiere V. que haga con ellos?

— ¿Qué dirá el general?

— Diga lo que quiera, que no me importa. ¿Acepta V. ó no el trato que le propongo?

— Acepto.

— ¿Jura V. cumplir fielmente nuestras condiciones?

— Lo juro.

— Ahora dígame cuanto tiempo se propone el general permanecer en su nuevo campamento.

— Diez dias.

— Pues entonces teniendo tanto tiempo de que disponer, ¿por qué me decía V. que no sabia como atraer á la jóven fuera del campamento.

— ¡Pardiez! porque no sabia yo cuando exigía V. que le fuese entregada.

— ¡Es verdad! Pues bien; le doy á V. nueve dias de término; es decir que la muchacha me ha de ser entregada el dia antes de su partida.

— ¡Oh! de ese modo...

— ¿Entonces, le conviene á V. ese arreglo?

— Mucho.

— ¿Queda convenido?

— Irrevocablemente.

— Tome V., Hablador, dijo el capitán entregando al guia un magnifico alfiler de diamantes que llevaba clavado en su blusa de caza; esa es la señal que le doy para cerrar el trato.

El bandido lanzó una exclamacion de júbilo, apoderándose con avidéz de la joya.

— Ese alfiler, repuso el capitán, es un regalo que hago á V., además de los ocho mil duros que le pagaré en el momento en que me sea entregada Doña Luz.

— Es V. noble y generoso, capitán, dijo el guia, y da gusto servirle.

— Únicamente, repuso el capitán con rudo acento y con una mirada fria y penetrante como una hoja de acero, acuérdesse V. de que me denominan *el que mata*, y que si me engaña V., no existe en la pradera sitio alguno bastante fuerte ni escondido para librarme de los efectos terribles de mi venganza.

— Lo sé, capitán, contestó el mestizo estremeciéndose involuntariamente; pero puede usted estar descuidado, que no le engañaré.

— ¡Así lo deseo! Ahora separémonos, que se podría observar la ausencia de V. Dentro de nueve dias estaré aqui.

— Dentro de nueve dias entregaré á V. la jóven.

El guia, despues de pronunciar estas palabras regresó al campamento, en el cual se introdujo sin que le viesen.

Tan luego como los dos hombres con quien el Hablador acababa de cerrar aquel trato singular y repugnante se quedaron solos, se metieron silenciosamente en los matorrales, por entre los cuales se arrastraron como culebras.

Legaron muy pronto á la orilla de un arroyo que corría invisible é ignorado por el bosque. Kennedy silbó dos veces consecutivas de una manera particular.

Oyóse entonces un ruido leve, y á pocos pasos del sitio en que se habia detenido apareció un ginete que llevaba dos caballos de las riendas.

— Ven, Franck, dijo Kennedy, puedes acercarte sin temor.

El ginete avanzó en seguida.

— ¿Qué hay de nuevo? preguntó Kennedy.

— Nada importante, contestó el ginete. He descubierto un rastro de Indios.

— ¡Ah! dijo el capitán, ¿indica que sean numerosos?

— Bastante.

— ¿Qué direccion lleva?

— Corta la pradera del Este al Oeste.

— Bien, Franck, ¿y qué clase de Indios son?

— Por lo que puedo suponer han de ser Comanches.

El capitán reflexionó un instante, y despues dijo:

— Será algun destacamento de cazadores.

— Es regular, contestó Franck.

Los dos hombres montaron á caballo.

— Franck y tú Kennedy, dijo el capitán al cabo de un rato, marchad al instante á la *pasada del Búfalo*, y acampad en la gruta que hay allí, vigilad cuidadosamente los movimientos de los Mejicanos, arreglándoos de modo que no seais descubiertos.

— Descuide V., capitán.

— ¡Oh! ya sé que sois diestros y fieles compañeros, y por eso fio completamente en vosotros. Vigild tambien al Hablador, porque ese mestizo me inspira muy poca confianza.

— Se hará todo eso.

— ¡Ahora, hasta la vista! Muy pronto recibiréis noticias mías.

No obstante la oscuridad que reinaba, los tres hombres partieron á galope y se internaron en el desierto, siguiendo dos direcciones diferentes.

XII.

PSICOLOGÍA.

El general habia guardado tan profundo secreto acerca de las causas que le obligaran á emprender un viaje á las praderas del Oeste de los Estados Unidos, que las personas que le acompañaban, ni siquiera pudieron sospecharlas.

Varias veces, por orden suya y sin motivo alguno aparente, habia acampado ya la caravana en regiones completamente desiertas, en donde habia pasado ocho, diez y aun quince dias, sin que nada pareciese motivar aquel alto.

En aquellos campamentos diferentes se marchaba el general todas las mañanas, acompañado por un guia, y no volvia hasta la noche.

¿Qué hacia durante las largas horas que permanecía ausente?

¿Con qué motivo verificaba aquellas exploraciones á cuyo regreso se reflejaba en su rostro mayor espresion de tristeza?

Nadie lo sabia.

Durante estas escursiones, doña Luz tenia una existencia bastante monótona, aislada entre las toscas gentes que la rodeaban. Pasaba tristemente los dias sentada delante de su tienda, ó bien, montada en su caballo, y escoltada por el capitán Aguilar ó por el doctor, daba por los alrededores del campamento paseos que carecian de objeto y de interés.

Esta vez sucedió lo mismo que en las demás estaciones de la caravana.

La jóven, abandonada por su tío y aun por el doctor, que proseguia con un ardor creciente las pesquisas para buscar su planta fantástica, y que se marchaba resueltamente todas las mañanas á herborizar, se vió reducida á la compañía del capitán Aguilar.

Pero nos vemos obligados á convenir en que este, aunque jóven, elegante y dotado de una inteligencia relativa, era un compañero poco creativo para doña Luz.

Soldado audaz, valiente como un leon, enteramente adicto al general, á quien debia cuanto era y cuanto tenia, el capitán profesaba á la sobrina de su jefe un afecto y un respeto estremados; velaba por su seguridad con solícito esmero; pero ignoraba completamente los medios de hacer que el tiempo fuese mas corto para ella, recurriendo á esas atenciones delicadas y á esas conversaciones de que tanto gustan las jóvenes.

Esta vez no se fastidiaba doña Luz. Desde la noche terrible del incendio, desde que Corazon Leal, como uno de esos héroes fabulosos cuya historia é increíbles hechos habia leído tan frecuentemente la jóven, se le apareció para salvarla con cuantos la acompañaban, un sentimiento nuevo y que no habia pensado en definir, germinó en su corazon de muchacha, creciendo gradualmente y apoderándose de todo su sér en muy pocos dias.

La imagen del cazador se hallaba presente de continuo en su imaginacion, ceñida por esa aureola gloriosa que una energia invencible presta al hombre que lucha cuerpo á cuerpo contra un peligro inmenso y le obliga á reconocer su superioridad. Compiaciase la jóven en recordar en su prevenida imaginacion las diferentes peripecias de aquella tragedia de algunas horas, durante las cuales habia representado el cazador el papel principal.

Su memoria implacable, como la de todas las jóvenes que aun se conservan puras; le reproducia con singular exactitud los mas mínimos pormenores de aquellas fases sublimes.

En una palabra, reconstruia con el pensamiento, la série de sucesos en que el cazador habia to-

mado parte súbitamente, y á los que, merced á su indomable valor y á su presencia de ánimo, dió un desenlace tan feliz para aquellos á quienes de improviso había ido á socorrer en el momento mismo en que perdían toda esperanza.

La manera brusca en que se había marchado el cazador, desdeñando la espresion mas sencilla de gratitud y pareciendo que no pensaba ya en aquellos á quienes había salvado, lastimó el amor propio de la jóven, y la hería de una manera inexplicable aquella indiferencia real ó aparente. Por eso buscaba de continuo en su mente los medios de hacer que su salvador se arrepintiese de aquella indiferencia, si por segunda vez llegaba la casualidad á ponerles en presencia uno de otro.

Aunque al pronto pueda parecer una paradoja, es cosa muy sabida que del odio, ó por lo ménos de la curiosidad al amor, no hay mas que un paso.

Doña Luz le traspuso presurosa, sin reparar en ello.

Segun lo hemos dicho, doña Luz había sido educada en un convento, en cuyos umbrales iban á morir sin eco alguno los ruidos del mundo. Su infancia había transcurrido triste y pálida entre las prácticas devotas, ó mas bien supersticiosas, que en Méjico constituyen el fondo de la religion. Cuando su tío la sacó del convento para llevarla consigo al viaje que intentaba verificar por las praderas, la jóven ignoraba las exigencias mas sencillas de la vida, y sospechaba tan poco la existencia del mundo exterior en que iba á esconderse, introducida súbitamente como un ciego de nacimiento sospecha el brillo fulgurante de los rayos del sol.

Esta ignorancia, que servía admirablemente á los proyectos de su tío, era para la jóven un escollo en el cual iba á tropezar á pesar suyo en cada minuto del día.

Pero merced á los cuidados y atenciones de que la rodeó el general, las pocas semanas que transcurrieron antes de su salida de Méjico, no produjeron gran molestia á la jóven.

Sin embargo, debemos hacer notar aquí un incidente, insignificante al parecer, pero que dejó en la mente de doña Luz huellas harto profundas para que no le consignemos.

El general se ocupaba con actividad en reunir la gente que necesitaba para su expedición, y por esta razon no podía atender á su sobrina tanto como hubiera deseado.

Sin embargo, como temía que la jóven se fastidiase quedándose sola, confinada, con una ama de llaves, anciana, en el palacio que ocupaba en la calle de los Plateros, la enviaba con frecuencia de tertulia en casa de una parienta suya que recibía una sociedad escogida, y á cuyo lado pasaba el tiempo su sobrina de un modo mas agradable, comparativamente.

Ahora bien; una noche en que la reunion había sido mas numerosa que de costumbre, concluyó mucho mas tarde.

Al dar la primera campanada de las once en el antiguo reloj del convento de la Merced, doña Luz y su ama de llaves, precedidas por un criado que llevaba un farol encendido para alumbrar el camino, regresaban al palacio del general, dirigiendo á derecha ó izquierda inquietas miradas; ya les faltaba recorrer tan solo breve espacio, cuando de improviso, al dar vuelta á la calle de San Agustín para entrar en la de Plateros, cuatro ó cinco hombres de mala catadura, que parecía que surgían del suelo, rodearon á las dos señoras, despues de haber apagado previamente de un vigoroso puñetazo el farol que llevaba el criado.

Imposible sería describir el terror que sintió la jóven al ver aquella aparicion inesperada.

Tanto se asustó que, sin tener fuerza suficiente para lanzar un grito, cayó de rodillas, y con las manos cruzadas, delante de los bandidos.

El aya, por el contrario, lanzaba gritos penetrantes.

Los bandidos mejicanos, que todos eran hombres muy espeditivos, en un momento obligaron al aya á guardar silencio, tapándole la boca con su rebozo, y luego, con toda la calma que

tan dignos individuos emplean en el ejercicio de sus funciones, seguros como lo están de la impunidad que les concede la justicia, con la cual, en cambio, suelen partir ganancias la mayor parte de las veces, procedieron á despojar á sus victimas.

La operacion no fué larga, pues aquellas, no solo no pensaban en oponer resistencia, sino que por el contrario, se despojaban ellas mismas apresuradamente de sus alhajas, que los bandidos guardaban en sus bolsillos haciendo muecas de satisfaccion y placer.

Pero cuando estaban en lo mejor de su operacion, brilló de improviso una espada sobre sus cabezas, y dos bandidos rodaron por el suelo lanzando juramentos y aullidos de furor.

Los que habían quedado en pie, encolerizados por aquel ataque tan extraño para ellos, quisieron vengar á sus compañeros y se precipitaron con furia sobre el agresor.

Este, sin manifestar el mas leve temor por la superioridad numérica de los ladrones, se puso en guardia y se preparó para recibirlos bien.

Hizo la casualidad que un rayo de la luna le diese de lleno en el rostro. Los ladrones retrocedieron con temor y envainaron sus machetes.

—¡Ah! ah! dijo el desconocido con una sonrisa de desprecio, adelantándose hácia ellos, me han conocido VV., buenas piezas: ¡vive Dios! lo siento, porque me disponia á darles una buena leccion. ¿Así se ejecutan mis órdenes?

Los ladrones permanecieron mudos, contritos y arrepentidos, al parecer.

—A ver, prosiguió el desconocido, vacien VV. sus bolsillos, solemnes bribones, y restituyan á estas señoras lo que les han robado.

Los ladrones, sin vacilar un solo instante, desataron al aya y restituyeron la rica presa que momentos antes creyeron poderse apropiar.

Doña Luz no acertaba á volver en si de su sorpresa, y consideraba con suma extrañeza á aquel hombre singular que ejercía tan poderosa autoridad sobre bandidos sin fé ni ley.

—¿Es eso todo? dijo el desconocido dirigiéndose á la jóven. ¿Nada le falta á V. ya, señora?

—Absolutamente nada, caballero, contestó Doña Luz mas muerta que viva, sin saber siquiera lo que decía.

—Ahora, continuó diciendo el desconocido, márchense bribones, que yo me encargo de escoltar á estas señoras.

Los ladrones no se lo hicieron repetir, y desaparecieron como una bandada de cuervos llevándose á sus heridos.

Tan luego como el desconocido se quedó solo con las dos señoras, se volvió hácia Doña Luz, y le dijo con la mas esquisita cortesania:

—Permitame V., señorita, que le ofrezca mi brazo hasta llegar á su palacio: el susto que acaba V. de llevar hace vacilar su paso.

La jóven, sin contestar y maquinalmente, apoyó su brazo en el que se le presentaba.

Partieron.

Cuando hubieron llegado al palacio, el desconocido llamó á la puerta, y quitándose el sombrero dijo:

—Señorita, me felicito de que la casualidad me haya procurado la ocasion de servir á V..... tendré la honra de volver á verla. Hace ya mucho tiempo que voy siguiendo ocultamente los pasos de V. Dios, que me ha concedido la merced de hablar á V. una vez, volverá á otorgarme ese favor, aunque dentro de breves dias va V. á marchar á un viaje lejano. Así, pues, permitame que la diga, no adios, sino hasta la vista.

Y despues de haberse inclinado profundamente ante la jóven, se alejó con rapidez.

Quince dias despues de esta aventura singular, de la que no juzgó oportuno hablar á su tío, Doña Luz salía de Méjico sin haber vuelto á ver al desconocido. Únicamente la vispera de su partida, al entrar la jóven en su alcoba, halló sobre su reclinatorio un papel cerrado en cuatro dobles, y en el cual se veían estas pocas palabras, escritas con una letra fina y elegante:

«Se marcha V., Doña Luz; recuerde que la he dicho hasta la vista.»

Su Salvador de la calle de Plateros.

Esta aventura singular ocupó durante mucho tiempo la imaginacion de la jóven; hubo un momento en que creyó que Corazon Leal y su salvador desconocido eran una misma persona; pero esta suposicion se desvaneció muy pronto. ¿Qué probabilidad había de que esto fuere cierto? Corazon Leal, despues de haberla salvado, ¿con qué objeto se habría alejado tan rápidamente? Esto hubiera sido absurdo.

Pero, por una de esas consecuencias ó inconsecuencias, como quiera llamarse, de la humana inteligencia, á medida que la aventura de Méjico se borraba de su pensamiento, Corazon Leal iba ocupándole en mayor grado.

La jóven hubiera deseado ver al cazador, hablar con él.

¿Por qué?

Ni ella misma lo sabía; para verle, para oír su voz, para embriagarse con su mirada, á la par tan dulce y tan altiva, para nada mas; así son las jóvenes.

Pero ¿cómo había de volver á verle?

En esto surgía una imposibilidad ante la cual la pobre niña inclinaba la cabeza con desaliento.

Sin embargo, en el fondo de su corazon había una cosa, quizás esa voz divina que en el reconocimiento del amor habla á las jóvenes, que le decía que su deseo se realizaria muy pronto.

Esperaba.

¿El qué?

Un incidente imprevisto, un peligro terrible acaso, que volviese á ponerles frente á frente. El amor verdadero duda algunas veces; pero nunca desespera.

Cuatro dias despues de haberse establecido el campamento en la colina, al regresar la jóven por la noche á su tienda, se sonrió interiormente mirando á su tío que estaba muy pensativo y se disponia á ir á descansar.

Doña Luz había encontrado, por fin, el medio de buscar á Corazon Leal.

(Se continuará.)

POR UN ALFILER.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN.

Buscad y encontraréis.

(El Evangelio).

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. JOSE MUÑOZ Y GAVIRIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 4.º)

XV.

DIPLOMACIA.

A la mañana siguiente de su llegada, se presentó Jorge muy temprano en el escritorio de la casa de Jackson y compañía. Se había proporcionado el concurso de un jurisconsulto, al que había ido recomendado.

—Señor, dijo en un inglés muy puro, me presento bajo los auspicios y recomendacion de amigos que nos son comunes de Nueva-York, y cuyas cartas tengo el honor de presentaros. (En términos de comercio se llama amigos á los correspondientes). He recibido de Inglaterra grandes remesas de géneros, y necesitaria letras sobre Liverpool ó Manchester, cuyo valor abonaría aquí.

Los asociados se echaron con disimulo una ojeada.

—¿Valor al contado? Perfectamente, caballero, ¿y por cuánto se os han de dar letras?

—Sobre unos cuarenta á cincuenta mil dollars. Despues de haber consultado entre si los asociados, respondieron:

—Podremos dar cincuenta mil dollars á ocho dias vista.

Sobre Davidson, la primera casa de Manchester, que nos debe aun mas de esa cantidad.

—Está muy bien, señores; replicó Jorge; ser-vios preparar letras de esos valores á mi órden en varios cupones, voy á buscar el dinero en los términos que gustéis.

Arregló en seguida las condiciones de esta negociación, y se salió de la casa.

Muy pronto volvió otra vez á ella, acompañado del abogado que fuera le había estado aguardando, y se espresó así:

—Señores, acabais de declararme que la casa Davidson os debía cincuenta mil dollars que poniais á mi disposición por igual cantidad que yo deberé poner en vuestras manos aquí.

—Es cosa tratada, caballero.

—¿Y no tenéis conocimiento de ninguna oposición que pueda hacerse al pago de esta cantidad, y que pudiese hacer nulas en mis manos las letras que debéis de entregarme?

—¿Qué es lo que queréis decir, caballero? suponeis.....

—Yo no supongo nada, caballeros, aquí tenéis una oposición de la casa Wolff de París, debida y legalmente notificada, y que prohíbe á Davidson todo pago por vuestra cuenta. Aquí tenéis, por otra parte, las cuentas detalladas de la casa Wolff, á la que ya va larga fecha que debéis cuarenta y nueve mil setecientos setenta y cinco dollars, y además los gastos ocasionados por el retraso. Este caballero que veis aquí, os dirá los graves inconvenientes que podrá ocasionaros el no aceptar el recibo de Mr. Wolff en cambio de las letras contra Davidson, despues que habeis declarado tener disponible esa suma en Manchester.

El abogado les explicó entonces con calma, que el negocio podía ser muy grave para los señores Jackson y compañía, tanto mas, cuanto que podía comprobarse por testigos. Estaban preparadas las letras á la órden de Jorge. La oposición que se les habia notificado hacia nulas aquellas letras para cualquiera otro que no fuese la casa de Wolff, la única que podía alzar aquella oposición, y en su consecuencia, aquellos valores eran *fraudulentos*: el delito era flagrante.

Los asociados Jackson trataron de entrar en discusión; sin embargo, tomando pronto su partido con toda la decision del carácter americano, y temiendo un escándalo que determinase su ruina, aceptaron el recibo de Mr. Wolff á cambio de letras á la órden de la casa Wolff contra la de Davidson de Manchester.

Salió Jorge de la casa con el acólito, cuya presencia tan útil le habia sido, y que tanto le habia ayudado. Desde entonces dió por ganado aquel negocio de suyo tan difícil. Davidson era un antiguo dependiente de Mr. Wolff que despues habia llegado á ser su amigo. Establecido en Manchester habia avisado á Mr. Wolff del estado desesperado de la casa de Jackson de Quibec, y del único medio que le quedaba para poder hacerse pagar su crédito.

Jorge envió inmediatamente el aviso y las letras á Mr. Wolff, muy seguro de que serian pagadas á la vista, pues que se hallaban disponibles los fondos. Todo se verificó como se habia previsto, y Jorge, que, á pesar de su sencillez era un experimentado negociante, tuvo la gloria muy legitima y licita á un hombre de bien de engañar á un pícaro que trataba de engañarle á él y á su principal.

Algunos dias despues la casa Jackson y compañía se declaró en quiebra, y si no anda tan listo Jorge en hacer lo que hizo, todo se hubiese perdido.

Despues de terminado tan bien su negocio, se dedicó á distraerse. Tenia todavía Jorge que hacer una excursion por aquel país para visitar sus corresponsales en Montreal, Kinston, Toronto y otras ciudades que como por encanto se levantan sobre aquel vigoroso suelo. Habia en el bajo Canadá una comarca que habia conservado su origen francés, la religion y las costumbres de la Francia. Las fecundas campiñas cubiertas de ricas y abundantes mieses, sembradas de largas hileras de manzanos, le recordaban los mas bellos y pintorescos sitios de la Normandía. En cada aldea los esbeltos campanarios de las iglesias católicas y el piadoso sonido de las campanas aumen-

taban su ilusion, y conmovian profundamente su alma. Entraba algunas veces en aquellos rusticos templos para dirigir á Dios una oracion por su madre, y tal vez por el dulce objeto de sus amores. Atravesó los grandes lagos sobre las flotantes ciudades que no otra cosa son los grandes vapores de la América, y se dejó deslizar en ellos por los inmensos y caudalosos rios, con la intrepidez de los Americanos, que cuentan por nada los peligros, y el tiempo por lo mas importante.

Habia leído á Chateaubriand, que ha descrito aquellas regiones con el prestigio mágico de su talento, si bien con algun énfasis y exageracion, y encontró muy cambiado el país, gracias á una civilizacion demasiado impaciente.

Allí donde Chateaubriand solo habia visto chozas salvajes, y mujeres medio desnudas meciendo á sus hijos en una hamaca colgada entre dos árboles, veia alzarse una suntuosa ciudad, atravesada por los caminos de hierro, con todo el lujo y comodidades de la Europa, con sus modas, sus periódicos, sus pianos, y todos sus placeres y vicios.

En Montreal las lindas damas hacen traer sus modas y caprichos de París. En aquel país tan nuevo, donde todavía las artes están en su infancia, porque las artes vienen despues de todo lo demás, se admiró de que le presentasen á un tratante en cuadros. ¡Ay! lo que vió en el almacén de este era muy propio para desanimar á un aficionado. Litografías iluminadas con colorines chillones, lamentables muestras de pacolilla que la Europa habia esportado á aquellos países, y que no eran propias para dar á los Canadenses una idea muy ventajosa de nuestros artistas.

Notó y reparó, sin embargo, con interés los concienzudos estudios de algunos pintores jóvenes del país, y pudo entrever que se desarrollaría á su vez y con el tiempo el arte, y estendería sus nobles ramas sobre aquella fecunda tierra que habia transformado ya la industria.

El tratante en cuadros explicó á Jorge como muchas señoras que habian visitado la Francia habian puesto en moda la pintura de flores, y que le era imposible procurarse buenos modelos: no tenia mas que una coleccion de grabados antiguos de la calle de Santiago. Jorge hizo con él un contrato para la ejecucion y pronta remesa de una docena de acuarelas de ramos de flores copiados del natural, y no pudo menos de pensar que aquella casualidad podría ser tal vez útil á algun artista que no pudiese dar tan fácil y ventajosa salida en Francia á las producciones de su talento.

Habia terminado su mision; apresuróse á volver á Nueva-York, desde donde las comunicaciones con Europa son tan fáciles y prontas, y despues de haber aprovechado todavía el tiempo en ventaja de los intereses de Mr. Wolff, tomó su pasaje en el primer vapor que salió para el Havre.

A los doce dias despues entraba una mañana en casa de Mr. Wolff en la calle de la Chaussée d'Antin.

XVI.

EL ENCARGO.

—¡Victoria completa! le gritó Mr. Wolff al divisarle: aquí está el dinero, y tambien vuestra parte que habeis ganado muy bien.

Y entregándole una cartera que contenia nada menos que veinticinco billetes de banco, le abrazó cordialmente.

—Sois un negociador muy hábil, le dijo, y ya era tiempo: si tardamos ocho dias mas, ya esos fondos á disposicion de Davidson pertenecian á la quiebra, y no hubiera podido ese buen amigo reservarlos para nosotros. Ahora lo que importa es que descanséis, porque tenéis necesidad de algun reposo. Los trabajos se han acumulado un poco durante vuestra ausencia; pero hemos tomado temporeros, y hemos podido ir saliendo del paso. No quiero veros en ocho dias.

—Los aprovecharé para ir á ver á mi madre, de quien me he separado hace muchísimo tiempo, dijo Jorge.

Y despues de haber dado las gracias con efusion á su favorecedor, se marchó sereno el ánimo, y alegre el corazón.

¿Quién de nuestros benévololectores, ó prudentes lectoras no nos dirá el lado á que un rápido carruaje trasportó inmediatamente á nuestro joven viajero? Muy fácilmente lo habrán adivinado. Encontrábase en el Jardin de plantas á la hora de la leccion de pintura, y no sin palidecer vió á la primera ojeada que el puesto que tanto le interesaba se hallaba vacío. Repusose y cobró alguna seguridad antes de dirigirse á Redouté, que era muy chancero, y que le dijo riendo: ¿Acaso es como mandatario de Mr. Wolff, sin duda, como tengo el gusto de veros hoy? Y le hizo entrar en su gabinete.

—Para hablar seriamente, dijo Jorge sacando un papel de su cartera, es para lo que he venido. Aquí traigo un encargo que he recogido en el viaje. Me parece indigno de vuestro talento, caballero; pero puede convenir á algunas de vuestras discipulas, y os confieso que despues de haber comparado los trabajos que habeis tenido la bondad de hacerme ver otro dia, la manera franca y atrevida con que pinta la persona que hoy se halla ausente, me ha parecido mas satisfactorio que todos los demás: me atrevo á pedir vuestros consejos.

Redouté examinó la nota, y respondió: habeis dado una prueba de gusto y de discernimiento, y os añado, que jamás encargó alguno podrá confiarse á mejores manos. Veréis dos hermanas dignas de todos vuestros respetos: me han sido recomendadas por unos amigos, y mucho me alegraría de que el consejo que me pedis pudiese serles útil.

Quedábale todavía á Jorge una pregunta por hacer; empero le faltaba el ánimo.

—¿Tal vez queriais saber dónde viven esas señoritas? dijo Redouté con alguna malicia: solo sé que están en San German, y se llaman las señoritas de Duval. La que habeis visto es la mas joven, y se llama, segun creo, señorita Juana. Tratad, pues, de hacerlas ese servicio, porque tal vez es la Providencia la que os envia; pues no se hallan muy bien las pobres. No tengo otra recomendacion que hacerlos.

Saludó Jorge con aire reconocido respondiendo al pensamiento de Redouté.

Á la mañana siguiente, sin mas indicaciones, marchaba Jorge para el país en que esperaba descubrir á las señoritas Duval, que, segun todas las apariencias, daban lecciones de pintura.

Si la Francia es el mas lindo país de la tierra, San German es la morada tal vez mas encantadora de la Francia.

Un palacio que reúne los mas nobles recuerdos de nuestra historia, una elevada terraza que se estiende hasta perderse de vista, y de donde encantado el ojo descubre en el primer término pampanos verdes, bajando por una suave pendiente hasta las praderas que van á bañarse en el Sena; despues el gran anillo del sinuoso rio, cubierto de verdosas islas; despues al otro lado del rio mas prados todavía, bosques, y poblaciones sembradas aquí y allí en la inmensa llanura, que se pierden en la sombra, ó resplandecen á los rayos del sol; despues en el fondo del inmenso diorama, la ciudad, la gran ciudad de París, cuyo arco de triunfo colosal se presenta en los hermosos dias, marcando las últimas líneas de su vastísimo horizonte: á la derecha las redondas colinas de Luciennes y de Marly bajan en anfiteatro; á la izquierda un inmenso bosque es como el reservado parque de los felices habitantes de la pequeña poblacion privilegiada. Todo se embellece aun mas á los ojos de Jorge por el sentimiento y las vagas esperanzas que lo agitaban.

Es la desgracia un objeto tan puro, cuando no es merecida, que Jorge se lisonjaba de encontrar seres dignísimos del interés que le habia inspirado ya la franca fisonomía de Juana y las pocas palabras de Redouté.

No sin una cierta aprension penetró en la iglesia que se halla al lado del palacio, á la entrada de la villa, para encomendarle á Dios el éxito de su honrada y piadosa empresa.

Si las catedrales de las grandes ciudades imponen é inspiran respeto en los días solemnes por la magnificencia de su lujo, por los trajes santuosos, por las espléndidas luminarias y armoniosos conciertos, la pequeña iglesia de San German gana tal vez con ser visitada en la soledad y en el silencio por el fiel que quiere elevar sus oraciones a Dios. La media luz que en ella reina inspira la meditación y el recogimiento.

Hallábase la iglesia casi desierta. Humedeció Jorge su frente con el agua santa, y se colocó cerca de una capilla de la Virgen. Allí se hallaba ya hacia algún tiempo dando gracias á Dios por la protección que le había concedido la Providencia, cuando vió dos jóvenes pasar delante de él y dirigirse lentamente hácia la puerta.

Fácilmente las adelantó, y Jorge tocando con el dedo la pila del agua bendita, presentó la mano á Juana, que adelantando también la suya, alzó hácia él una mirada, y apoyándose sobre el brazo de su hermana, dijo á Jorge:

—Siempre lo tengo.

Y me enseñaba con el dedo á mí, pobre alfilerito, que sujetaba su chal negro.

Pareció á la hermana no comprender nada de este principio de conversacion. Salieron juntos. Embarazosa hubiera sido aquella posición para muchas gentes; empero la sencillez y la rectitud todo lo hacen fácil y natural.

—Señorita, dijo Jorge al salir de la iglesia, permitidme que me aproveche de este encuentro que tal vez he pedido á Dios en esta iglesia (y recalcó estas últimas palabras) para haceros una proposicion relativa á vuestros trabajos por recomendacion de Mr. Redouté.

—Caballero, dijo Juana, si os encontramos en esta iglesia (y recalcó estas palabras) invocando el nombre de la Providencia y el nombre de nuestro muy querido maestro, seáis bien venido á nuestra casa.

Pusieronse en camino las dos hermanas, y Jorge marchaba respetuosamente á su lado. La hermana mayor hablaba bajo con la otra, y decía:

—¿Me explicaréis Juana lo que es este encuentro? ¿De dónde conocéis á este jóven? ¿Lo habeis visto? ¿Con qué tenéis secretos conmigo?

—Yo te explicaré todo esto, querida hermana; no tengas miedo ninguno; no le conozco.... y respondo casi de él. ¿No tenemos nuestra razon, y el recuerdo de nuestra buena madre que nos guía, cual si estuviese aun con nosotras?

Déjame solamente hablarle.

Atravesaron la plaza del castillo, y bien pronto se hallaron sobre el parterre.

—¿Jamás habeis venido á este país? dijo Juana.

—Jamás, señorita; tengo muchas ocupaciones y poca libertad. Pero lo que veo aquí, estos magníficos sitios, este aire tan puro, este hermoso bosque, todo me parece admirable; y no se puede tocar con el pié estos verdes céspedes sin desear volver é ellos, y tal vez fijarse aquí para siempre.

—En efecto, eso es lo que dicen nuestros amigos. Pero, á pesar de vuestros trabajos, ¿os ocupáis tal vez de pintura, y conocéis á Mr. Redouté?

—Muy poco, señorita. Me he encontrado en relaciones con él por el encargo de un cuadro, y teniendo necesidad hoy de un cierto número de estudios de flores, habiendo reparado en vuestro trabajo cuando tuve el honor de encontraros una vez, he pensado que tal vez os convendría el emprender ese negocio.

—¿Es un mercader de cuadros? dijo la hermana mayor.

—No sé nada, dijo Juana alejándose un poco de Jorge; pero ya veis que este jóven es muy juicioso, que parece muy hombre de bien, y no puede venir aquí con malas intenciones.

Y para hacerle hablar todavía, esperando llegar á conocerlo un poco por su respuesta y su fisonomía antes de que hubiese pasado el dintel de la puerta de su casa.

—No he comprendido bastante bien vuestra recomendacion cuando me habeis prestado un alfiler; pero me lo habeis echado un poco en cara, dijo riendo: además, he tenido mucho cuidado en

guardarlo, porque para hablaros con franqueza, tenia un presentimiento de que un día ú otro vendriais á reclamarme aquel depósito; y veis que no me he equivocado.

—Señorita, aunque por motivos particulares á mí, tenga el mayor interés en este pobre alfilerito, puedo prestaroslo aun por mas tiempo; pero de otros negocios mas importantes y mas graves tenemos hoy que tratar juntos.

—¿Nos conocéis, pues? ¿Algunos comunes amigos os han hablado de nosotras?

—Al menos, señorita, no me eran desconocidas vuestras facciones, y creo que os hubiera encontrado entre mil.

—¿Es este alfiler el que os ha hecho conocer tan gran descubrimiento? dijo sonriéndose.

—Tal vez, porque al presen ároslo he encontrado en vuestras facciones una imágen que me despertaba tristes recuerdos.

—Creo, caballero, que mejor hariais en hablar de pinturas. Os advierto que soy muy difícil en negocios.... Pero una palabra aun. ¿Cuál es, caballero, esa historia de una imágen, que es como mis señas, que conservais para detenerme al pasar por delante de vos? Todo esto es muy alarmante, y me gustan las gentes muy verídicas.

Recalcó mucho estas últimas palabras.

Abrió Jorge su cartera, y enseñó la página en que se hallaba el dibujo de Munich.

—Ya veis que somos conocidos antiguos.

Las dos hermanas permanecieron en un profundo asombro al ver aquella imágen tan fiel que llevaba ya una fecha tan antigua, como lo demostraba el papel y el tinte del lápiz un poco borrado.

Resolvieron, sin embargo, obrar con prudencia, y llegaron á una casita situada cerca del parterre y del inmenso bosque.

Grandes rosales trepadores subian hasta el tejado de la casita, dando mucha gracia y elegancia á su modesta fachada. La planta baja se hallaba ocupada por Mad. Blanchemain, propietaria de la finca, y para nuestras dos hermanas era una hermana y una protectora. El cuartito de estas se hallaba en el piso principal.

—Mi buena señora Blanchemain, dijo Juana entrando la primera, aquí hay un caballero que desea ver nuestras pinturas: tened la bondad de recibirle; nosotras vamos á buscar algunas muestras arriba para que no se incomode en subir.

—Tened la bondad de septaros, dijo Madama Blanchemain. Hoy hace un día magnífico, pero un poco caluroso; creo que vamos á tener tormenta. Pero esto no puede ser malo; será bueno para las viñas, y buena necesidad hay de agua este año. Yo tengo un cercadito en Mareil que está soberbio, y da un vino muy rico: no es un vino de calidad; pero se deja beber sin sentir, y sobre todo, con agua, está exquisito. ¿Si el caballero quisiese tomar un sorbito?

Hizo Jorge un gesto con la cabeza dándole las gracias. La viuda continuó charlando sin interrupciones.

—Quedaréis satisfecho del trabajo de estas señoras: ¿es para el comercio, para lecciones ó para cualquiera otra cosa?

Aquí decimos siempre «estas señoras;» pero es una costumbre que tenemos, porque son señoritas, están solteras.

¡Ah! si señor, y muy juiciosas, y muy buenas que son, y siempre tan contentas. ¿Y de qué? De nada: bien podian estar contentas y satisfechas, pobres angelitos; pero están contentas de ellas mismas; en fin, no hay que hablar de esto, porque ya bajan.... Ya os contaré.... ¿Necesitais muchos cuadros? Porque ellas tienen bastantes hechos; siempre están trabajando; pero va la cosa tan mal, se vende tan poco.... Y la Juana hace unas flores lindísimas: no he visto unas manos como las suyas; en fin, caballero, vais á verlas; no digais nada.

¿Y qué había de decir Jorge cuando todo se lo hablaba Mad. Blanchemain?

Volvieron las dos hermanas cargadas con carteras, y sacaron de ellas y enseñaron sus mercaderías. Mad. Blanchemain permanecía allí sentada cerca de la ventana. Juana estaba de pié delante

de una gran mesa cubierta de dibujos, y Jorge sentado al otro lado cual un comprador.

Pero Juana, tal vez se había alabado al darse por tan hábil en negocios, y allí hubo una escena de comercio bastante singular.

—Ana, decía Juana á su hermana con aire enfadado, ¿por qué has bajado esa cartera? ¿Sabes que no estoy satisfecha de los dibujos que contiene, y que no son para enseñarse?

Jorge, al contrario, recorría con curiosidad la cartera, y todo lo encontraba lindísimo y encantador.

—¿Qué frescura de tonos! decía: vamos, esto es como si uno se pasease por un rico parterre.

—No son mas que bocetos, decía Juana. Quiere volver á comenzar esta corona de rosas que no me ha salido muy bien.

—No la toqueis, dijo Jorge, no puede hacerse mejor.

—Parece que cambiáis de papeles, dijo Ana: el señor es el comprador, y es el que debía encontrar algun defecto, y tu debes elogiar tu mercancia.

—Es verdad, dijo Juana: volvamos á empezar de nuevo.

Y conteniendo una media sonrisa, dijo con mucha seriedad:

—Caballero, aquí teneis muy lindas pinturas; hay un surtido completo. ¿Desea el caballero escoger alguna?

Y volviéndose hácia su hermana:

—Me parece que es así, ¿no es esto?

—No va mal, dijo Ana.

Jorge, imitando su seriedad, respondió:

—Puesto que no teneis otra cosa mejor por el momento, elegiré este ramo de margaritas, y este otro de camelias y francesillas, si nos arreglamos en el precio.

—Caballero, dijo Juana, en conciencia no podré dejaroslo menos de....

Se volvió muy embarazada hácia Ana, que le dijo:

—Adelante, va muy bien: tienes el aire de una verdadera comercianta.

—Pues bien, dijo Juana, me es imposible el dároslo menos de veinticinco francos pieza, cincuenta francos el par. Pero tendréis que volver á vernos.

(Se continuará.)

LA LUZ DEL CEMENTERIO.

NOVELA FANTÁSTICA

POR

FEDERICO UTRERA.

(Continuacion.—V. el n.º 4.º)

XII.

EL DIABLO.

Los habitantes de Lúgano, como los de todos los pueblos del mundo, tenían sus preocupaciones.

Una de ellas era creer que el Diablo, transformado en sér humano, habitaba entre ellos.

Conservaban una tradicion que consistia en la siguiente creencia. Una noche sintieron un rumor extraordinario por todo el pueblo. Las buenas gentes se asomaron á las ventanas para saber la causa. Y con espanto vieron un dragon, cuya boca flameaba, discurriendo por las calles y gritando: «Casa para el Diablo.» Las ventanas se cerraron todas, y los vecinos de Lúgano se encomendaron á Dios por todo recurso contra el dragon. Al día siguiente, con asombro del pueblo, apareció, proxima á la playa, una casita muy pintada de blanco y que jamás había existido. El Diablo la había levantado aquella misma noche, y mas adelante le vieron entrar y salir en ella por mucho tiempo. El clero de Lúgano conjuró la dicha casita, y el Diablo, en forma de hormiga de grandes dimensiones, la abandonó al fin. Mas nadie se atrevió á habitar en ella.

Muchísimos años pasaron, cuando en el mes de mayo de 1818, un extranjero llegó á Lúgano

y preguntó por la casa del Diablo. Inmediatamente se alojó en ella, y el pueblo volvió á alarmarse creyendo que el Diablo había nuevamente venido á ocupar su domicilio.

Todas las noches se rezaba en las casas, y la gente tomaba muy temprano posesion de su albergue, temerosa de encontrarse por las calles con el Diablo. Las puertas y ventanas cerrábanse herméticamente, y si alguien tenía necesidad de salir de noche, llevaba en su mano una estampa de S. Miguel, vencedor del Diablo. Los que pasaban por delante de la casita blanca, si eran hombres, debían hacer la señal de la cruz, para libertarse de ser sorprendidos por el espíritu tentador; y si eran mujeres, debían, además, encomendarse á la santísima Virgen, pues la que así no lo hiciera, corría peligro de ser sacrificada al apetito brutal del Demonio. Contábanse mil historietas, sumamente chistosas para aquellos que viven exentos de preocupaciones.

Ana Horts, doncella descreída, que pasó por delante de la casa el 15 de junio de 1818, y no tuvo en cuenta el precepto, volvió al lado de sus padres en estado de preñez, y concluyó por volverse loca, dicen que de amor al Demonio.

Lucrecia Rudtans, esposa de un barquero, por haberse olvidado de hacer la señal de la cruz, tuvo su marido necesidad de darle todos los días una docena de palos en las costillas, á fin de sacarle los diablos del cuerpo; además, una noche la sorprendió saliendo de la casita blanca.

Juana Cristman, jóven esposa de un virtuoso anciano, reputada por infecunda, despreció completamente los consejos de todo el mundo, se detuvo una vez delante de la casita, y al poco tiempo comenzó á padecer una inflamacion de vientre que jamás bajaba á pesar de las cataplasmas que su virtuoso y casto marido la aplicaba.

Pero aun es mas extraordinario lo que se decia de Emilia Wastser, muchacha de diez y siete años, y la mas hermosa, la mas solicitada del pueblo. Esta joven parece que apenas tuvo noticia de que Barrabas se encontraba en Lúgano, quiso conocerlo personalmente, y se dirigió á su casa. Como ni su desconsolada familia, ni nadie, volvió á saber de ella, creyeron que voluntariamente se habia vendido en cuerpo y alma á Satanás. Cosa que á mi nada me estraña, porque las mujeres las compra mas fácilmente el Diablo que Dios.

Una cosa, sin embargo, chocaba á los Luganeses, y era que el espíritu del mal hubiese solo tentado á las mujeres y no á los hombres. Bien es verdad que habia para esto su razon. Los hombres cumplian fielmente con el precepto de hacer la señal de la cruz. Los hombres, pues, se creian enteramente libres de la tentacion maligna. Mas para que se cumpla el adagio de que: *No hay regla sin escepcion*, llegó un dia fatal en que todos los hombres temieron hallarse en el mismo y triste caso que las mujeres.

Una noche, hallándose Juan Sternewueg durmiendo en su barca á la orilla del lago, llegó un encubierto.....

El lector sabe perfectamente lo que sucedió, pues lo he dicho en los primeros capitulos. Sin embargo, para su mejor inteligencia aclararé algo mas el asunto.

Juan Sternewueg no creia en el Diablo; pero aquella noche habia soñado con él, y como corrían voces de que el espíritu infernal se paseaba por el cementerio y sus alrededores, cuando supo que el encubierto queria dirigirse á esos sitios, supuso que era indispensable el tal espíritu maligno. La barca zozobrando llegó á las rocas del cementerio, y en cuanto el desconocido la abandonó, Juan comenzó á remar precipitadamente y lleno de miedo. Mas la tempestad no le dejó llegar á la orilla que buscaba. Naufragó, y al dia siguiente lo encontraron exánime sobre la arena sus compañeros. Le volvieron el sentido; pero habia perdido la razon. Y murió diciendo que el Diablo le habia enseñado el infierno bajo las aguas del lago. Este tristísimo suceso contristó de tal modo á los hombres, que con muy cortas escepciones todos se persiguaban y reza-

ban al pasar, aunque de lejos, por delante de la casita.

Ahora que el lector conoce su historia y lo que en Lúgano se decia de su inquilino, volvamos un poco atrás del punto en que he dejado el hilo de esta historia.

XIII.

EL DIABLO SALE DE SU CASA.

A las doce en punto de la noche, la puerta de la casita blanca se abrió, dando paso al jóven que ya conocen los lectores, el cual, envuelto en un ancho gaban de pieles, y cubierto con un sombrero de fieltro que le tapaba toda la frente, tomó con paso firme y presuroso la direccion de la playa.

Pero antes de que la puerta se hubiera cerrado del todo:

—Que no tardes, dijo una voz femenil desde la parte de adentro.

—No, repuso el jóven; y apenas estuvo algo retirado de la casa, añadió para sí con sonrisa.

—No..... vendré temprano.

La noche era bastante oscura; pero el jóven anduvo cerca de una hora con la certeza de quien conoce muy bien el camino.

Hállabase próximo á los bosques del Cementerio, los cuales se dibujaban en el horizonte como grandes masas de nubes negras, que en noches de tempestad surcan el cielo.

Al entrar en una calle de árboles en que la oscuridad era mas profunda, el jóven se paró un instante y dijo para sí:

—Tengo el presentimiento de que esta noche saldré de duda. Y en seguida continuó su camino sin volverse á parar hasta que tropezó con la pared de un edificio.

—¡O!a! exclamó entonces interiormente: ¿con qué tambien hay habitantes por estos sitios? Examinemos. Y sin abandonar la linea del edificio le rodeó hasta dar con una ventana ante la que se detuvo observando por los cristales. Reinaba dentro la mas densa oscuridad, y al fin cansado de mirar, dijo alejandose.

—Esta será la morada del conserje del cementerio. No se habia engañado el paseante nocturno. Efectivamente era la casa de Beltran, y el lector sabe ya lo que ocurrió en ella en esos momentos.

Seguiré adelante.

XIV.

EL DIABLO, EMMA, Y LA LUZ.

Beltran habia salido como he dicho, dejando á Emma en el suelo. En aquella posicion permaneció largo rato, como si estuviese falta de vida.

Al fin dejó escapar un profundo suspiro, y se levantó trabajosamente, sosteniéndose junto al lecho como si temiera caer otra vez.

En aquella actitud permaneció mucho tiempo, durante el cual ni se movió, ni varió la vista de un punto fijo. No sintió los pasos ni la voz de Beltran que, al volver á su casa, decia cerrando la puerta de su dormitorio:

—¡Oh! tampoco he podido dar con él.

Mas de las dos serian, cuando Emma separándose del lecho y á oscuras, se dirigió á la puerta del jardin. La abrió, y á poco hallose en el campo. Sin ocuparse de unos pasos que la seguian, llegó á la puerta del cementerio, y encontrandola abierta penetró en su recinto. Tras de ella entró tambien otra persona.

Emma continuó su camino hasta la plazoleta del centro del cementerio, y allí tomó asiento en la piedra fúnebre. El que le seguia, se detuvo algo mas lejos.

—¿Podré vacilar ni un solo momento? dijo para sí. La hija tal vez de un sepulturero, y en la mansion de los muertos, es una novedad que merece ocuparme de ello. Sin embargo, si no fue e bella..... si es acaso vieja..... y..... veamos. El lugar es digno de una conquista. Y despues de estas reflexiones avanzó hasta Emma, y clavando en ella una mirada brillante y escrutadora:

—¿No me esperabais sin duda? la dijo:

Pero no obtuvo respuesta alguna. Entonces do-

blando en tierra una rodilla y tomando una mano de la jóven entre las suyas:

—Creo haberme equivocado: ¿vos sabiais que venia yo siguiendooos.

Como la vez primera que interrogó, Emma no movió los labios.

—Hé aqui el cuadro mas precioso de mi vida. Estoy hablando con un cadáver. Já, já, já..... Y con una risa bulliciosa y con algo de sarcástica comenzó á turbar el silencio de aquellos lugares. Mas el eco la hizo llegar al oido de Emma, y esta conmovida, por medio de un rápido movimiento nervioso, retiró su mano de entre las del jóven que se las tenia asidas, y clavó en él sus pardos ojos.

—¿Quién eres? le preguntó despues de un instante de silencio Emma.

—¡Oh! difícil respuesta, pues yo mismo no lo sé. Me llaman el Diablo.

—¡El Diablo!

—Sí. Y tú, ¿cómo te llamas?

—Emma.

—¡Emma! Y al pronunciar este nombre pareció como que le recordaba alguna cosa. Y en seguida volviendo á mirar con mas insistencia á la jóven, exclamó con voz baja:

—No, no es posible. Sin embargo..... el rostro tiene..... es bella..... sí..... Y acercándose para verla mejor; esta maldita oscuridad no permite distinguir bien, dijo.

—¿Qué haces aqui? preguntó Emma.

—¡Oh! ya lo ves: adorarte. ¿Y tú?

—Vengo en busca de mi madre.

—¿Ha muerto?

—No, vive.

—¿Y le das aqui cita?

—Todas las noches.

—¿No puedes verla en otra parte?

—No.

—¿Por qué?

—Porque habita aqui.

—¡Magnífica morada! dijo con sarcasmo, y continuó: ¿y tú vives muy lejos?

—En la casita de ese primer bosque, dijo señalando á atrás.

—¿Eres hija del conserje del cementerio?

—Sí.

—¿Y cómo se llama tu padre?

—Beltran.

—¿Y no vive con tu madre?

—¡Oh! no.

—¿Por qué?

—Eso es una historia terrible.

—Cuéntamela.

—¡Oh! Al pronunciar esta exclamacion, Emma

llevó las manos á sus ojos y los cubrió con ellas.

El jóven entonces se levantó y pensó de esta manera:

—En verdad, que como dice el adagio, *Un loco*

hace ciento; y esta muchacha tanta me ha dado á mi algo de su tontería. No sé cómo he podido

hacerle un cúmulo de preguntas tan necias. Yo

venia á estos lugares ansioso de encontrarme con

fantasmas y seres del otro mundo, y en vez de

esto me hallo con una muchacha no mal parecida,

pero falta de sentido. Una ilusion mas perdida.

Debo alejarme de aqui..... Pero ¿qué estoy

pensando? Para el hombre que corre en pos de

los placeres, nunca la ocasion es mala, ni el para-

rajé inconveniente. Que al menos pueda contar

una aventura del cementerio de Lúgano. Ciertamente

que es chistoso: allí donde nadie se atrevia á

entrar de dia, penetré de noche. Allí donde solo

hallaban fúnebre silencio y descompuestos cadá-

veres, encontré por una voz dulce y una muchacha

fresca y robusta. ¡Oh! esto es estupendo. Já, já,

já, já. Y con el mismo tono anterior, concluyó

su monólogo riendo con estrepitosas carcajadas.

Emma las escuchó, y al instante quitó las manos

de sus ojos. Entonces vió á corta distancia y casi

enfrente la luz misteriosa que esperaba, y poniéndose

rápidamente de pié y corriendo hacia ella:

—¡Oh! ¡Mi madre, mi madre! exclamó con

loca alegría.

—Se ha perdido mi conquista por esta noche,

murmuró el jóven poniéndose en actitud de marcha.



VIAJE Á ALEMANIA.—Vista de Munich.

—No distingo bien, repuso mirando á Emma. Sin duda la madre no me habrá visto, y me conviene alejarme. Vaya, señores del otro mundo, hasta mañana. Y se alejó silenciosamente, haciendo un ridiculo saludo al pronunciar estas últimas palabras.

XV.

COLOQUIOS ENTRE EL DIABLO Y UNA EPILEPTICA.

A la noche siguiente y á la misma hora, los dos mismos personajes de esta novela se hallaban solos en el cementerio.

Ambos sentados en la ancha losa funeraria, hablaban de esta manera:

—Ese cariño hácia tu madre lo tienes por que aun no has sentido otro mas violento, mas grande, por otro sér.

—Y qué, ¿se puede querer á cualquiera otro mas que á una madre?

—¡Oh! sí: puede amarse como yo te amo. Es decir, viviendo solo por ti. Nada es comparable á ese amor.

—Yo no puedo amar sino á mi madre.

—¡Oh! imposible: tú llegarás á sentir ese fuego arrebatador que quema el alma, y que todo lo devora para alimentarse él solo. Tu sentirás las dulces inquietudes que trae consigo, y los placeres de que viene acompañado. Mirame, Emma; ¡ah! tu mirada me hace feliz. ¡Si tú me amases, en este mismo momento no igualarian los ángeles tu dicha; no te encontrarías en la tierra, sino en un cielo de delicias que facilmente conquistarias.

Y asi diciendo estrechaba con efusion las manos de Emma.

Hubo un momento de silencio: despues continuó:

—¡Emma! amar es vivir; tú no amas y estás condenada á ignorar los goces de la vida.

—¡Oh! exclamó la jóven, mirando fijamente á su interlocutor, yo no sé cómo se ama, y escuchándote sufro.

—Es porque empiezas á sentir el vacío de tu corazón. Escucha: yo como tú ignoraba en cierto tiempo qué era amor: entonces era desgraciado; mas cuando senti su llama iluminar mi vida, trocose mi desgracia en dichas y placeres.

—¡Ah! pues bien; yo soy muy desgraciada, tengo un padre..... Al llegar aqui Emma se detuvo y pareció caer en honda meditacion. El jóven continuó en silencio estrechando sus manos.

—Emma, dijo al fin, prosigue.

Mas al escucharlo, la jóven levantó sobrecogida la cabeza y preguntó:

—¿Quién?... No prosiguió. Como si despertase violentamente de un sueño; como si hubiera estado privada de vida, y de repente la hubiera recuperado, echó una mirada llena de espanto en derredor, y desasiéndose convulsivamente del jóven, se puso de pié exclamando:

—¡Dios mio! ¿Qué me pasa? dónde estoy?

—Conmigo, nada temas.....

—¡Con vos! ¡Ah! en este sitio..... de noche..... yo voy á volverme loca. Y al pronunciar estas palabras cayeron de sus ojos dos rios de lágrimas, y comenzó á temblar de horror.

El jóven se levantó, y asiéndola nuevamente, la dijo con un tono dulce y elocuente:

—Tiembas Emma, y no comprendo por qué. Has acudido puntual esta noche á la cita que ayer te di tácitamente; tú me amas y lo ocultas aun por temor. Seca esas lágrimas y ven conmigo.

—¡Oh! soldad, soldad caballero. Yo no sé lo que queréis darme á entender con vuestras palabras. Ignoro por qué me hablo aqui, tengo miedo..... acompañadme á mi casa.

—Como gustes, hermosa criatura.

El Diablo y la epileptica salieron juntos del cementerio.

Mas antes de que Emma entrase en su casa, cambiaron algunas palabras.

XVI.

EL DIABLO ENTRA EN SU CASA.

No bien hubo Emma penetrado en su morada, cuando el Diablo (nombre con el cual seguiré hablando de nuestro héroe) apresuró el paso dirigiéndose hácia su casa.

Ya la conoce el lector.

El Diablo penetró en ella. Cruzó la sala en que ya se le ha visto una noche escribiendo, y despues de pasar por un pequeño gabinete lujosamente amueblado, se halló en un salon de regulares dimensiones, adornado al gusto de la época.

Una magnífica lámpara lo iluminaba; á la izquierda y reclinada en un sofá habia una mujer de encantadora belleza. Apoyaba su hermosa cabeza rubia en una de sus blancas manos, y sus ojos azules y mas dulces que los de una gacela, se encontraban encendidos é hinchados como si se hallasen impregnados de lágrimas.

—¿Emilia? dijo el Diablo con voz clara y dulce como la de una mujer, ya me tienes aqui.

No obtuvo respuesta alguna. Entonces acercándose al sofá, y asiendo una mano preciosa y delicada de la jóven que en él yacia, repitió en un tono suave:

—Emilia, ya me tienes aqui.

La jóven retiró su mano con un ademan violento, y la llevó á sus ojos para recoger dos lágrimas que de ellos se desprendian.

El Diablo tomó asiento á su lado, desembarazándose del redingot de pieles que le cubria.

—¿Estas quejosa conmigo? Responde, dijo mirándola con ojos de ternura.

Mas la jóven, muda é inmóvil, por única respuesta dejaba escapar una tras otra las lágrimas de sus ojos.

Hubo un instante de silencio.

—Emilia, dijo el Diablo asiendo nuevamente la mano blanquísima y redonda de la jóven; que estoy aqui. Estas palabras fueron pronunciadas en ese tono particular que indica el resentimiento ó el amor propio ofendido.

Sin embargo, Emilia permaneció impassible.

El Diablo se levantó y tomó la direccion hácia la puerta.

Entonces Emilia, abandonó rápidamente el sofá y detuvo al Diablo por un brazo. Lo arrastró silenciosamente hasta colocarlo próximo á la lámpara, y con la voz embargada por el llanto, le dijo enseñándole la mano derecha:

—¿Ves?

—¿Qué?

—El anillo.

—Sí, respondió tranquilamente el Diablo elevando la vista en una sortija que parecia ser una gran esmeralda engastada en oro.

—Pues bien, repuso Emilia, esta es ya mi única salvacion.

—No comprendo.

—Esta que parece piedra, replicó la jóven señalando á la sortija que oprimia uno de sus torneados dedos, es una pequeña caja que contiene un veneno.

—Que tu beberas algun dia, ¿no es cierto? preguntó con mofa el Diablo.

—Cierto: y á pesar de tu burla, no está muy lejano el día.

—Ja, ja, ja.....

—¡Oh!

Al escuchar Emilia la careajada burlona del Diablo, salió apresuradamente de la habitacion, pronunciando una exclamacion dolorosa que inspiraba lástima. El Diablo continuó largo rato riendo.

XVII.

EL PRIMER AMOR.

—¡Dios mio! Dios mio! no se borra su imagen de mi mente. Siempre pensando en él, siempre viéndole delante de mí, ¡ah! qué afán, qué inquietud tan grande; no es posible vivir así. Siento el pecho oprimido, el corazón alterado: ¿qué es esto, Dios mio?

Así pensaba Emma, sentada á la puerta de su pequeño jardín, dos días después de los sucesos que tuvieron lugar en los anteriores capítulos.

—Hay en sus ojos, continuó diciendo para sí, una fuerza que arrastra, una mirada que penetra hasta el fondo del alma, una luz que quema; no sé, pero yo me siento subyugada por ese hombre. Necesito verle..... ¿para qué? Lo ignoro.

¡Ay! ojalá que nunca le hubiera visto.

Presiento..... males, sí, y no acierto á definirlos: males que deben caer sobre mí..... ¿y por qué? ¡Dios de mi vida! haced que no piense mas en ese hombre.

Al reflexionar de este modo, Emma levantó al cielo la cabeza; pero cuál fué su sorpresa cuando al bajar la vista halló delante de sí al Diablo que la miraba.

—¡Ah! dijo con cierta alegría mezclada de temor, poniéndose de pié.

—Te sorprendes al verme, dijo el Diablo.

—Estaba pensando en vos, repuso Emma, en cuya mejilla apareció un ligero tinte sonrosado.

—¿Pensando en mí? Si eso fuera verdad.....

—¿Lo dudais?

—Sí.

—¡Oh! exclamó la jóven dando algunos pasos y aproximándose al Diablo, pongo á la Virgen por testigo.

—Entonces lo creo. Estas palabras fueron pronunciadas con un sarcasmo particular, que se manifestó mucho mas claro en una contracción de labios peculiar á nuestro héroe.

—Si, prosiguió Emma; desde la noche que os ví en el cementerio no he podido desecharos del pensamiento. ¡Oh! yo no sé; pero siento una alegría tan grande al veros junto á mí..... ¿Y vos sentis esa misma alegría?

—Yo, dijo el Diablo con melancolía y estrechando una mano á Emma, soy muy desgraciado para tener jamás alegría.

—¡Oh! también él es desgraciado! dijo Emma con un acento lleno de amargura. ¿Nos habremos encontrado para ser hermanos en la desgracia?

—No. Para ser hermanos en la desgracia, es preciso amarse mutuamente, y tú no me amas.

—¿Qué es amor?

—He aquí, dijo el Diablo para sí, que esta muchacha no es tan necia como yo creía. Verdaderamente me ha hecho una pregunta que no tiene contestación.

—¿No me habeis escuchado?

—Sí; pero el amor se siente y no se define.

—Pues indudablemente lo que yo siento es amor.

—Explicame lo que sientes.

—No tendria tiempo: mi padre debe llegar de un momento á otro; marchaos. Esta noche estad en el cementerio.

—No faltaré.

—Emma y el Diablo se despidieron.

La primera volvió á tomar asiento en su escaño de madera, y el segundo se dirigió á los próximos bosques.

XVIII.

BELTRAN.

Mientras había tenido lugar esta corta plática entre el Diablo y Emma, Beltran se paseaba en una alameda próxima, con los brazos cruzados y la vista baja. Meditaba de esta suerte:

—Esos rumores que circulan por todo el pueblo..... no hay duda, él debe de encontrarse aquí. ¿Y se me escapará esta vez también? No; es preciso buscarle; es necesario dar con él, y lavarle un puñal en las entrañas. ¡Oh! sí; necesito vengarme, lo he jurado. Pero ese hom-

bre..... se escapa siempre del golpe que le preparo; verdaderamente que hay en él algo de sobrehumano. ¡El Diablo!..... tal vez sea él, si; do quiera que se encuentra, todo lo trastorna.

Al llegar aquí, paróse de pronto como el hombre que quiere concentrarse para profundizar el asunto que le preocupa. Permaneció inmóvil algunos minutos, y despues continuó su paseo.

Mas cuando se encontraba á gran distancia de una plazoleta que daba entrada á la alameda, y en la que desembocaban varias calles de árboles que se perdian en espesos bosques, vió atravesar una persona que ligeramente se perdió entre los árboles; pero que llamó su atención hasta el estremo de hacerle exclamar:

—¡Oh! El es.

Inmediatamente atravesó con rapidez el espacio que le separaba de la plazoleta.

Midió con pronta mirada todo su recinto y se internó por una calle angosta, cuyos laterales estaban formados por altos y corpulentos álamos.

Encontróse al fin de ella, y antes de dirigirse por un bosque de encinas que se extendia á su vista, se detuvo un instante como para escuchar los pasos de la persona á quien seguia.

No oyó rumor alguno, y como un desesperado tomó el camino del bosque, pronunciando en voz baja estas palabras:

—¡Oh! era él, no me cabe duda. El se halla en Lugano; tal vez ignore que yo le persigo de muerte: ¡oh! si doy con él, ¡si llega á caer en mis manos, no se me escapará! Su sangre ha de lavar mi deshonra. Y así diciendo, crispaba los puños, y apresuraba mas y mas el paso veloz con que marchaba. Al fin llegó á perderse entre los árboles.

XIX.

QUIENES ERAN EL DIABLO Y BELTRAN.

La noche, tenebrosa por cierto, sucedió á aquel día esplendoroso.

Los árboles del cementerio de Lúgano se movian soplados por un viento tempestuoso.

El cielo se hallaba oscurecido por nubes que se acumulaban unas sobre otras.

Rumores vagos y misteriosos daban un carácter mas imponente aun al recinto de la muerte.

Escuchábase un ruido sordo, como el que produce el rastreo de la serpiente sobre la yerba.

Era producido por el traje de una mujer que se arrastraba en la arena.

Esta mujer, habrá comprendido el lector que no podria ser otra que Emma, la cual esperaba al Diablo.

No tardó este en presentarse, envuelto en su redingot de pieles.

Emma corrió hácia él á pesar de la oscuridad; pero no advirtió, pues le era imposible, que en aquel instante, una sombra se deslizaba dentro del cementerio.

—Emma, dijo el Diablo, vengo decidido á exigir de tí pruebas del amor que me profesas.

—No comprendo.

—Me explicaré. El Diablo tomó entre las suyas las manos de Emma, y continuó:

—Esta noche debes seguirme, huyendo para siempre de tu casa.

—¡Oh! imposible. ¡Seguiros! ¿Y para qué?

—¿No me amas?

—¡Oh! sí.

—Pues bien, yo también á tí; y cuando dos seres se aman, es preciso que confundan sus dos existencias en una. Es necesario que se enlacen para siempre, que unan sus dos almas por toda la eternidad.

—¡Separarme de mi padre! ¿Pero quién ordena esa separación? Yo os amo lo mismo á su lado. Siento la necesidad de veros, de hablaros; quisiera, es verdad, teneros siempre cerca de mí..... pero no, digo mal: á vuestro lado sufro y padezco de un afán desconocido que me martiriza. No sé; pero es en mi alma donde os encuentro mas bello, mas amable, mas querido. Deseo veros, y cuando, como ahora, me hallo cerca de vos, luchó entre el deseo de quedarme ó abandonaros.

—Tú misma acabas de dar una razón y una fuerza mas poderosa á mis palabras. Ese afán, ese anhelo vago y desconsolador que sientes, no puede calmarse sino á mi lado.

En este momento un trueno espantoso interrumpió la voz del Diablo é hizo temblar á Emma y sobrecogerse de miedo.

—¡Ah! exclamó.

—No temas. Es un anuncio del cielo: la tempestad se acerca y nos avisa que partamos de aquí. Vamos pronto. Y como tenía asida á Emma, la arrastró suavemente hácia él y dió algunos pasos para salir del cementerio. La jóven silenciosa y amedrentada le siguió. Mas de entre unas malas que cubrian un sepulcro, salió de repente un hombre y avanzó hasta ellos.

—¿Quién? preguntó el Diablo, mientras Emma sobrecogida de terror, se amparaba á sus espaldas.

Nadie respondió; pero la persona que se acercaba continuó avanzando. Y cuando ya se encontraba á dos pasos del Diablo, un relampago clarísimo vino á iluminar la tierra, mientras el cielo se desgajaba en copiosa lluvia. A la luz rápida, pero brillante del relampago, pudieron distinguirse las figuras de esta escena. Dos miradas se cruzaron: la del Diablo y Beltran, y al encontrarse, exclamaron los dos á un tiempo:

—¡El conde de Walefed!

—¡Lord Byron!

—¡Ah! exclamó Emma reconociendo á su padre en el recién llegado, que con un puñal y murmurando con júbilo feroz, ¡Lord Byron! ¡Lord Byron en mi poder! cayó sobre su amante.

El puñal penetró en la carne: un grito horroroso salió de los labios del herido, que rodó sobre la yerba arena. Emma cayó desplomada también. Y ya iba su padre á lanzarse sobre ella, cuando en su pecho apareció, como por encanto, una luz cárdena, sin movimiento y sin esparcir sus rayos.

Al verla el conde de Walefed, retrocedió aterrado, dejando caer el puñal. Un temblor horroroso le hizo palidecer, y una debilidad contra la cual no podia resistirse, le hizo doblar ambas rodillas en tierra. Al fin perdió el conocimiento y rodó por el suelo.

Nuevos y sucesivos relámpagos vinieron á iluminar aquel grupo bañado en sangre, sobre el que velaba esa luz triste, siniestra, inmóvil y fatídica que habitaba en el cementerio.

XX.

LA CONDESA DE WALEFED.

Cinco años antes que tuvieran lugar los sucesos que llevo referidos, en una de las principales ciudades de Alemania, en Munich, vivia en un magnifico palacio, el conde de Walefed, hombre de severas costumbres, de carácter seco y sombrío, de alta estatura, de mirada torba y casi feroz. Habia contraído matrimonio con Emilia Lemman, hija de una familia distinguida, y cuya hermosura no tenía igual en toda la ciudad. Por esta época se encontraba en Munich un hombre de extraordinaria belleza, y que llamaba la atención, no tanto por esta circunstancia, como por su talento, extravagancias y locuras. Este hombre era un poeta. Este poeta era Lord Byron.

La condesa de Walefed habia oido hablar mucho y no muy bueno del vate inglés, y deseó conocerlo.

Dió un baile en su propio palacio, y le fué presentado.

Aquella noche Byron la pasó toda hablando con la condesa, y despues continuó visitándola.

Emilia tenía la imaginación ardiente y poética, le gustaba lo extraordinario, y llegó á aficionarse de las escentricidades de Byron.

El conde llegó á concebir sospechas de que era algo mas que amistad lo que su esposa sentia por Byron, y llegó á prohibir á este la entrada en su casa.

Emilia no pudo conformarse con esta prohibición, y buscó medio de hablar con el poeta.

Su cámara tenía una puerta secreta que se comunicaba á un jardín por medio de un corredor largo y oscuro. Todas las noches ella misma abría esta puerta, y Byron entraba en su habitación.

Estas entrevistas misteriosas no tenían, sin embargo, nada de lo que comunmente se supone. La condesa y Byron habían contraído una de esas amistades incorruptibles y apasionadas que rara vez existen entre los dos sexos.

Una noche, Byron acababa de salir de la estancia de la condesa, cuando se presentó en ella el conde.

Estaba mas sombrío que de costumbre, y sus ojos tenían una mirada mas fija, mas penetrante mas feroz que de ordinario.

Sin embargo, en su habla no demostró hallarse afectado.

(Se continuará.)

VIAJE Á ALEMANIA

Y Á LAS EMBOCADURAS DEL DANUBIO
POR MUNICH, EL PAIS DE SALTZBOURG, VIENA Y
LOS PRINCIPADOS.

—Vuelta por Constantinopla, Atenas y Trieste.—

(Continuación.—V. el núm. 2.º)

Ignoro lo que el porvenir reserva á aquel cúmulo de elevadas fortificaciones, con tanto arte y con tanto dinero hechas; ignoro si nuestros ejércitos volverán algun día á saludar con victoriosas aclamaciones el *Michelsberg* y las llanuras de *Elchingen* ó de *Albech*. Las guerras felizmente se alejan de nuestras costumbres, y las verdaderas conquistas del siglo se hacen por mas poderosas maquinas, ingenios admirables de la civilización, que suprimen las distancias, y las aproximan para fundir las nacionalidades mas opuestas. Pero si aun fuera preciso volver á aquellos juegos sangrientos, y tomar nuevamente el libro de las batallas, *Ulmá* seria forzosamente el punto de concentracion de los medios de ataque y defensa.

Los hombres no eligen el terreno del duelo; aceptan el que la naturaleza les ha señalado de antemano.

El valle del Danubio, que seguimos hasta *Affingen* y *Guntzbourg*, no nos ofrecia sino un abierto pais, rodeado en una gran distancia por colinas de poca elevación. Esta es la parte mas ancha de la cuenca, y se conoce toda la ventaja que la ciencia militar ha debido sacar de ella. Para nosotros era un camino uniforme, sin accidentes y sin animación. Los pueblos se encuentran lejos uno de otro; el pais no tenia el aspecto rico y generoso que habíamos notado en la alta *Suavia*; y así fué, que sin sentimiento dejamos el rio para dirigirnos al Sudeste. La distancia que nos separaba de *Augsburgo* no era mas que de 50 kilómetros, y eran necesarias dos horas para vencerla. Con estos primeros indicios y otros no menos característicos pudimos apreciar pronto que estábamos en *Baviera*, y desde luego se echaba de menos aquel buen pais de *Wurtemberg*, donde la magestad es sencilla y sin pretension, y donde todo el mundo os acoge. La monarquía *Bávara* ha tomado su papel por lo sério, y yo no quisiera apreciarla, sobre todo, en el momento de poner el pié en su territorio; pero en todas partes reina un aire de pretension que incomoda y que enfria. Quizás sea esta una exageración por mi parte involuntaria, y tal vez la consecuencia de una transición demasiado brusca entre un bello pais y una comarca monótona: así lo creo, y para huir de mi mal humor, cerré los ojos y traté de dormir hasta *Augsburgo*, dejando á mi amigo el cuidado de anotar todo aquello que le pareciera interesante. Tomó un lápiz, y sin vacilar trazó las siguientes líneas: «Terreno llano, húmedo, ligeramente permeable, temperatura pesada; viajeros del *wagon*, bulliciosos y habladores; fuman horrible tabaco, y comen salchichas.» Su diario de observaciones se detuvo aquí, y para pasar el tiempo sin despertarme, había calculado lo que caía la pipa, cada cigarro encendidos unos despues

de otros para todos los viajeros del tren; podían representar mil gramos de nicotina absorbidos por un numero determinado de seres humanos; multiplicando despues este producto por la cantidad de *kretzers*, gastados en fumar y copas absorbidas para apagar el calor interior, habia resuelto un problema, que con facilidad llenaria de asombro á la Sociedad estadística universal... De repente, ¡oh vanidad de la ciencia! un sobresalto de la locomotora me despertó, é hizo volar, por la portezuela abierta, las hojas cargadas de cálculos. Entramos en *Augsburgo*, y habíamos atravesado á no dudarlo, *Burgau* y *Dinkolscherben*, que, sin embargo, bien valia un recuerdo tan rápido y tan indiferente como fué.

¡Salud, al menos, exclamé, salud á la antigua *Augusta Vindelicorum*! y puesto que nos detenemos en *ban-hof* ó embarcadero durante hora y media, aprovechemos el tiempo y corramos desde luego á tomar algunos apuntes y algunas noticias de Francia en los despachos de la *Gaceta*, casa de *Cotta*, el gran impresor. Este establecimiento es uno de los mas antiguos de Europa, y uno de los mas completos que existen. Se estaba imprimiendo la célebre hoja, cuando nosotros entramos, y tuvimos lugar de ver funcionar una poderosa prensa mecánica, que podia, en casos de mucha urgencia, tirar sin gran trabajo hasta 26,000 ejemplares en una hora. El *Diario* ó *Gaceta* de *Augsburgo* tiene en Alemania un carácter casi oficial, y su correspondencia estensas ramificaciones, lo que no la impide aceptar y propagar las noticias muchas veces contradictorias. Se me dijo con un secreto que era una táctica practicada con intencion, y que tenia por objeto establecer una especie de equilibrio entre lo verdadero y lo falso, y de esta suerte mantener la balanza entre los dos grandes poderes que dividen á la Alemania.

Hoy día *La Gaceta* de *Augsburgo* vé bajar su crédito. Sus oráculos mas de una vez se han visto desmentidos, durante y despues de la guerra de Oriente, y se encuentra con una rivalidad formidable en *La Gaceta Universal* de *Leipzig* y el *Mercurio* de *Saavia*.

Habiendo satisfecho este primer tributo á los trabajos intelectuales, recorrimos rápidamente los principales barrios de *Augsburgo*. En la ciudad se nota falta de regularidad y de aspecto; pero encierra muchos monumentos curiosos que visitar, y que pueden servir de transición entre las distintas épocas del arte y las variadas fases de su fortuna política. Seria necesario mas de un día para estudiar, aun superficialmente, los edificios mas notables. Desde luego uno de ellos es la Catedral, y mucho mejor aun la iglesia de *San Ulrico*, la casa de Ayuntamiento, la *Ludwigsplatz*, el mercado de granos, la alhóndiga, la fundición, la fábrica de algodón donde trabajan 7000 operarios, y todas aquellas grandes construcciones que prueban que hoy día, como antes, *Augsburgo*, ciudad imperial, diócesis soberana ó simplemente ciudad comerciante de la *Baviera*, ha permanecido célebre por la industria y riqueza de sus habitantes. Colocada en la confluencia de *Lech* y de la *Wurtach*, defende el camino real militar de *Ulmá* á *Viena*, y ha visto pasar por su murallas banderas y ejércitos desde las legiones romanas, hasta las hordas de *Atila*; desde *Mauricio* de *Nassau*, *Gustavo Adolfo* y *Tilly*, hasta *Napoleon*. ¡Cuántas veces ha pagado su rescate á fuerza de oro! y cuántas, en medio de las dietas imperiales que venian á celebrarse bajo sus murallas, se vió á su opulentas familias, como las de los *Fugger*, de *Welzer*, de *Pentinger*, de los *Hainzel*, ofrecer á los soberanos los tesoros lentamente amasados por la industria y los ahorros de sus padres! *Ulrico* de *Fugger* recibió del emperador *Maximiliano*, por los adelantos que le habia hecho, los condados de *Kirchberg* y de *Weissenhoru*, dejados despues á su familia. *Ulrico* tambien protegió las ciencias y las artes, y se sabe que ayudó á *Enrique Ettienne* en la vasta composicion de su *Tesoro de la lengua griega*. *Antonin Fugger*, su sobrino, hizo la mayor parte de los frescos de la expedicion de *Cárol V* contra *Argel*, y para festejar dignamente al emperador que recibia un día en su casa, hizo encender la chimenea de la

habitacion donde el príncipe dormia con títulos de crédito. Este fué un golpe de vanidad digno, sobre todo, de un Castellano; pero el emperador, que era mas que económico, lo contó y se rió mucho con sus cortesanos. Otro rasgo ilustre fué el de *Pentinger*, cuyo abuelo, *Conrado*, puso al día la famosa tabla del imperio romano, llamada carta de *Pentinger* ó *Teodosiana*.

Se vé, por lo dicho, que *Augsburgo* no se contentó solamente con el renombre de política y comercial, sino que tuvo siempre un elevado rango en la ciencia. Tambien fué en *Augsburgo* donde *Melanchton*, amigo y discípulo de *Lutero*, presentó la gran profesion de fé de los reformados, de donde tomaron el nombre de protestantes.

Considerada bajo el punto de vista comercial, la posicion de *Augsburgo* la asegura hoy día en su importancia, el tránsito de Alemania del Norte y del Sur. Allí es donde se cruzan las dos líneas del camino de hierro, dando la primera vuelta al *Rhin* y todo el valle del *Danubio*, mientras que la segunda vá de *Nuremberg* á *Lindau* por el lago de *Constanza*.

Cuando volvimos á emprender nuestra marcha eran las seis de la tarde, y dejando á la derecha del *Lech* las alturas de *Friedberg*, fuimos á atravesar una estensa llanura donde nada hay que recree la vista, y nada se descubre sino vastos terrenos llenos de malezas, con cortes para hornos é inútiles mimbrales. No puede esplicarse lo desagradable de aquel camino; apenas se cree adelantar por el aspecto que presenta en su triste uniformidad.

Las principales estaciones, son: *Moeringen*, *Banhofen* despues de *Mamendorf*, *Olching* y *Possing*, ruinas aldeas y pequeñas villas, á las que las vias férreas llevarán algun día quizás la vida y la riqueza; pero que miran pasar sin casi comprender nada el poderoso vehiculo. La poblacion de estas tristes comarcas anuncia bien, desde luego, la miseria y los sufrimientos de una naturaleza tan ingrata y mal sana; es desgraciada y triste; no tiene ni aun día de fiesta; el movimiento que da la salud es el bienestar; se siente al ver que tiene calenturas la mayor parte del año, y que pasa al otro sin curarse, y esperando que vuelva. Desde la terrible invasion del cólera en 1854, hizo el gobierno laudables esfuerzos para mejorar las condiciones higiénicas de aquellas poblaciones; donde las aguas del *Staffelsee*, del *Ammersee* y del *Stanberger*, sostienen una humedad permanente.

Por último, atravesamos el *Wurm*, y pasado *Possing*, dejamos á la izquierda *Nympherburgo*, que me habia prometido ver, y del cual no habia oido hablar. Cayó la noche y nos rodeó de espesos vapores que desprendiéndose de las llanuras, ocultaba el palacio de los Electores un poco perdido, como el de la bella durmiente en el bosque. *Eugenio Beaubarnais* amaba la soledad, que él llamaba los bellos sitios de *Malmaison*, y esperaba vivir allí feliz, cuando vino la muerte á arrebatarle prematuramente. Un solo hecho trajo á mi mente *Nympherburgo*; y este fué el tratado firmado entre la Francia y el Duque de *Baviera*, en 1740, y que tomó origen la guerra de sucesion del *Austria*. Pero detengámonos para entrar en la capital de *Baviera*, y salgamos lo mejor que podamos del caos donde se acumulan en confusion y desorden los bagajes y fardos de mercancías y los viajeros. Hay un salvase el que pueda, general, y que debe ocasionar grandes equivocaciones: los alemanes esperan con paciencia, y fuman; los franceses se impacientan, gesticulan, echan votos, y no adelantan mas por esto; por último, eran las diez de la noche, y me encontraba aislado en el hotel de *Manlik*, donde habia necesidad de tomar á nuestra llegada alojamiento.

CAPITULO II.

Munich.—Aspecto general.—La antigua ciudad.—El pueblo, los monumentos modernos y la corte.—La Atenas de Alemania, y la Alemania en Atenas.—Cercanías de Munich.—Excursiones.—Vuelta á la ciudad.—Los artistas, sus discípulos y admiradores.—Quien viva verá.—Una oda á la Baviera.

Repasando una por una las hojas de mi diario, encontré la siguiente carta escrita en Munich,

bajo la presión de mi permanencia en él. Se dice con frecuencia, y yo por mi parte siempre lo he pensado, que la primera impresión es la más fuerte y la mejor. La reflexión pierde muchas cosas que repara, y la familiaridad de la relación que a un amigo se le hace, permite a la imaginación un vuelo más libre a la observación, y un carácter más verídico: se puede uno equivocarse, se equivoca muchas veces, pero es de buena fé; en el error, como en la verdad, siempre se es el mismo, y esta personalidad lleva con ella su escusa. Con decir muy alto el nombre del eminente artista a quien escribía, obtendré quizás más indulgencia para mis opiniones, más autoridad en mis palabras; pero el que recibe una carta es el único que tiene el derecho de autorizar que se haga uso de su nombre; por otra parte, él está bien lejos en este momento, y no volverá quizás a leer estas líneas sino cuando se haya ya borrado el recuerdo de las otras.

Munich 10 de junio de 1857.

Mi querido amigo: Sois del corto número de los felices, de los que conservan viva é intacta la fé tradicional y el culto de las esperanzas. La edad y la experiencia dándoos sus lecciones, respetan en vos ese ardor juvenil que sabéis comunicar á todo lo que os rodea, y creéis sin preocuparos de las mentiras y errores. Amáis el arte y todo lo que con él tiene relación; habláis como un maestro y yo como un profano. Todo lo que sale de la mano de los hombres, os encanta; todo cuanto la naturaleza hace, me agrada y me seduce, y á pesar de esta diferencia de apreciaciones, ó quizás por causa de ellas, no comprendemos casi siempre; lo que no sucede por lo regular á las gentes, teniendo los mismos gustos é iguales tendencias. Para vos, pues, mi carta fechada en Munich, es la flor del canastillo, pero tened cuidado que no se marchite demasiado pronto, al esponerla á la luz.

Se nos ha hablado tanto de Munich hace algunos años, que ha llegado á hacerse una de las bellezas de convención proclamadas, y admiradas de palabra, y que pierden muchísimo con la vista. ¿Qué no se sabe ante todo acerca de los *pinacothecas*, *bibliotecas*, *glyptothecas* y todos esos museos, esos almacenes artísticos, me atrevería á decir rebujados con los más horribles términos, que una lengua llena de armonía y de gracia haya podido dejar caer por descuido en nuestros idiomas modernos! Esta necesidad de atestarlos todo de griego, sin duda por un honoroso amor de lo clásico y de la antigüedad, sienta bien á un gobierno que ha tenido la pretensión de haber vuelto á encontrar la Grecia y hacerla una momia; pero existe desde luego el inconveniente de exigir una traducción literal para aquellos que tengan la dicha de asistir á sus clases, y para los demás el decirselo todo como si fuera algún logogrifo ó hieroglífico.

Yo prefiero mucho más, lo confieso, el que se ponga todo lo mejor que se pueda sobre la puerta y en el librito, *Museo de Pinturas*: esta palabra se conoce en todas las lenguas; ó también museo de antigüedades, ó de esculturas modernas, como se hace en Dresde, donde generalmente siempre se ha sabido el griego; en París, donde se sabe un poco, y en Londres, donde todavía se sabe.

¿Qué nos parecería de nuestros conservadores de museos imperiales, si llegaran á colocar por orden superior sobre el frente del Louvre, algún gran rótulo, tal como los que vi aquí por todas partes, en lugar de sala de antigüedades egipcias ó mejicanas?..... Se reirían, y la innovación no duraría ocho días. La desgracia de mi pobre Munich, que por otra parte tiene mucho de bueno, es el querer ser otra cosa que lo que es en sí; esto es, en vez de ser mejor, querer parecerlo. Hay dos ciudades en Munich, y apenas se habita en ellas algunas horas; se nota este contraste, esta antítesis que quizás por todas partes se revela.

Veo aquí á mi alrededor una buena y excelente ciudad alemana, bien sólidamente construida como Manheim ó Francfort, todo con desahogo y sin

pretensión, con una cara tan alegre y llena de expansión, como si quisiera estar contenta. Las largas bóvedas de sus fábricas de cerveza, pobladas de mesas y bancos, convidan al paseante á sentarse y á probar el famoso *bockbier* ó el *maitrauck*. Si en los antiguos barrios son aun estrechas y un poco tortuosas sus calles; si las casas no tienen toda la regularidad en su alineación que la escuadra y nivel modernos han proclamado el superlativo de lo bello, existe arte y verdad en los detalles; hay armonía en el conjunto. Estos largos balcones, caprichosamente torneados; estas rejas, historiadas como en *Bale* ó en *Colonia*; estos tejados con relieves y adornos salientes que se enlazan bajo un ángulo agudo, y sobrepujan á las pintorescas veletas; esos palacios cuadrados, asentados sobre su base, con grandes ventanas, con esculturas *Pompadour*, que reproducen por todas partes el león de Baviera y la escursion de los Wittelsbach; todo esto, creedlo, amigo mío, es bello y curioso para el artista tanto como para la historia, porque todo esto es verdad; y como la noble capital no tiene necesidad de echar sobre sus hombros un manto real ó de emperador, sea de seda ó terciopelo, y bordado con lentejuelas de oro. En este verdadero Munich de los electores y palatines, hay alma y vida, y hay un pueblo. Es inteligente y vivo, industrioso y trabajador: con el mismo éxito maneja el cincel de artista, el lápiz de litógrafo, que el martillo de herrero y la lanzadera del tejedor. La seda, ropas, la pasamanería más fina, las máquinas de vapor, porcelanas y encajes, todo lo que concurre al camino de la elegancia y de lo serio, á lo útil y al lujo, está dignamente representado en la industria de Munich, por una población de 100,000 habitantes. A todas estas esenciales cualidades añadirémos un profundo espíritu religioso, un sincero acatamiento á los recuerdos de la patria, á las tradiciones de sus abuelos; en fin, una instrucción general, de la cual participan todas las clases y todos sus estados. Las escuelas primarias abundan en Munich, y he podido apreciar por mí mismo con qué esmero y que paciencia se dá allí la instrucción: no se sabe qué hay que admirar más, si á los alumnos ó á los maestros; los unos atentos, con perfectos modales; el otro dulce, paternal, enseñando todo lo que sabe, y con exceso algunas veces, con el humilde deseo de ser simplemente útil, y de ponerse al nivel de su auditorio.

(Se continuará).

SECCION RELIGIOSA.

—RECUERDOS DE LA TEBAIDA.—

EPIGRAMAS RELIGIOSAS.

Al pié de las altas montañas del Sinai, del Carmelo y del Tabor, en las riberas del Nilo, se ven los vastos desiertos de la Tebaida, llenos de los recuerdos de los Pablos, de los Antonios, de los Pacomios, de los Hilarionos y de esos millares de anacoretas, cuya estraña vida aparece hoy á nuestros ojos cual una série continua de prodigios.

Las persecuciones de los emperadores paganos contribuyeron primero á poblar las soledades; empero estas santas emigraciones continuaron despues de la lucha sangrienta del paganismo contra los cristianos. El ejemplo de los primeros solitarios habia dado fruto: la paz y el triunfo de la Iglesia produjeron todavia más santos eremitas que los fureros de la persecucion.

Mientras el vetusto imperio romano luchaba en medio de una especie de caos, esperando la llegada de los bárbaros convocados por la Providencia para venir á renovar la faz de Europa, los desiertos se llenaban de innumerables ángeles que vivían en cuerpos mortales sin tocar en la tierra. Ciudades enteras estaban casi sin habitantes; otras, tales como la de Oxirrinca, en Egipto, se convertían en una especie de monasterio. El cristianismo, que habia abierto al pen-

samiento del hombre nuevos horizontes, desarrolló y perpetuó en él esos deseos vivos y ardientes de bienes divinos, ante los que todos los de acá abajo no eran mas que polvo y nada. Especialmente despues de la conversion de Constantino, los cristianos sencillos y enemigos de toda molición, temieron mas aun una voz adaladora de los sentidos, que habian temido la crueldad de los tiranos: pobláronse, pues, los desiertos de millares de solitarios.

Y no se crea que es una piadosa exageración de los historiadores, no: estos prodigios de abnegación completamente cristiana descansan en los testimonios más sólidos, en los monumentos más auténticos, y ponerlos en duda, seria hacer cuestionables todos los hechos de la historia.

San Pablo y San Antonio fueron los fundadores, los patriarcas de la vida eremítica, en los desiertos de la Tebaida, á donde los habian lanzado las persecuciones. Pablo habia nacido en la baja Tebaida, en Egipto: tenia quince años tan solo cuando la muerte de sus padres le puso en posesión de una rica herencia. Habiéndose encendido la persecucion contra los cristianos en el imperio de Decio y Valerio, el año doscientos cincuenta, se retiró Pablo primero á una casa de campo, oculta en una especie de soledad; mas algun tiempo despues su cuñado, ansioso de gozar los bienes que él poseia, concibió el proyecto de denunciar su retiro para enriquecerse con ellos, é informado Pablo de todo, se refugió en los desiertos de la Tebaida. Entonces tenia nada más que veintidos años.

Al principio fué su intencion permanecer en el desierto el tiempo únicamente de la persecucion; pero bien pronto aquel lugar de destierro, á donde le habia conducido la necesidad, se hizo la mansion de su eleccion: resolvió pasar allí el resto de sus dias en la oración y la contemplación de la soberana belleza. Pablo, internándose en el desierto, habia encontrado una montaña donde se veían muchas cavernas, que se dice habian servido de retiro en otro tiempo á falsos monederos. Cerca de una de estas grutas, una secular palmera, entrelazando sus ramas, daba una estensa sombra. Un manantial muy limpio corria cerca, y daba nacimiento á un arroyuelo que volvía á meterse bajo tierra á poca distancia de su origen. Pablo estableció allí su mansion: el agua de la fuente le servía de bebida; las hojas de la palmera le proporcionaban sus vestidos; los frutos su alimento. El piadoso ermitaño pasó así noventa años en el desierto. Hasta la edad de cincuenta años no vivió mas que con los frutos de su palmera; el resto de su vida se alimentó milagrosamente, como lo habia sido el profeta Elias, por un cuervo que le llevaba todos los dias medio pan.

En cuanto á los demás hechos de su larga carrera, son desconocidos, y aun estos lo serian todavia sin una circunstancia providencial que reveló el nombre y la mansion de Pablo, poco tiempo antes de su muerte.

El gran San Antonio, de edad también de noventa años, pasó igualmente sus dias en otra soledad de aquella comarca salvaje, cuando fué tentado por un pensamiento de vana gloria. Sin duda, nadie se decía á sí mismo, ha servido á Dios más largo tiempo que yo en una completa separación del mundo. Un sueño de Dios vino á desengañarle. Supo que existía un solitario mucho más perfecto que él; si quería verle debía apresurarse á ir á encontrarle en lo interior de los desiertos. Dócil á aquella voz del cielo, Antonio parte al dia siguiente por la mañana apoyado en su báculo, no sabiendo á qué parte dirigir sus pasos. Marchó así al acaso durante dos dias y una noche, y tentado por monstruosas apariciones. En fin, á favor del crepúsculo ve á lo lejos una Peña radiante que se precipita del costado de una montaña. Sigue á aquel guía providencial, y llega á la entrada de una caverna cerrada por una roca. Una débil luz que ve al través de las hendiduras de la Peña hace palpar su corazón de sorpresa y esperanza. Se aproxima, mira, y descubriendo efectivamente una luz en el fondo de la gruta, llama Antonio á la puerta. No le abren; vuelve á llamar; la puerta permanece cerrada; al fin es-

clama con el acento de la oración: Hermano, ya sabéis quién soy, de donde vengo, y cuál es el motivo de mi viaje; abridme, os ruego, ó moriré á vuestra puerta, y sepultaréis mi cuerpo.

Entonces abrió Pablo, y miró á Antonio con una sonrisa de fraternal caridad. En seguida ambos se saludaron, y se nombraron por sus nombres propios, dando juntos gracias á Dios. Aquel día el cuervo, que traía siempre medio pan, vino volando y depositó á los pies de los dos ancianos un pan entero.

Pablo iba á morir. El Señor enviaba allí á Antonio para que sepultase su cuerpo, así es que le rogó que volviese á buscar el manto que le había dado el obispo Atanasio, porque su deseo era que le sirviese de sudario. Obedece Antonio, vuelve á su retiro y se apresura á coger el manto de Atanasio y á llevarse á Pablo. Cuando volvió, ya Pablo no existía; había dejado este mundo por un mundo mejor: Antonio no pensó más que en cumplir con él los últimos deberes; envolvió su cuerpo en el manto de San Atanasio y lo sacó de la cueva. En aquel momento dos leones que salían de las grutas inmediatas fueron á ayudarle á escavar una fosa: Antonio depositó en ella los frios restos del bienaventurado, los cubrió de tierra, y recitó las oraciones de la iglesia; luego se volvió con sus discípulos, llevando como una preciosa herencia la túnica de hojas de palmera que el patriarca de los solitarios se había tejido con sus propias manos. Antonio se revistió con ella en lo sucesivo en los días solemnes de Pascua.

San Pablo murió el año trescientos cuarenta y dos, á la edad de ciento tres años. Había pasado noventa años en el desierto, y se le dió el nombre de primer ermitaño para distinguirlo de los demás santos del mismo nombre. Durante muchos siglos, su caverna fué objeto de piadosas peregrinaciones; pero si San Pablo es el primer ermitaño, á los ejemplos y preceptos de San Antonio se debe el que se poblasen las arenosas y salvajes regiones de la Tebaida. Cuando murió este gran patriarca el año de trescientos cincuenta y seis, de edad de ciento cinco años, el número de los habitantes de su soledad era el de quince mil. En aquel desierto, Antonio, ilustre atleta de la mortificación cristiana, tuvo que sostener grandes combates contra el demonio y sus mil formas seductoras. La tentación de San Antonio se ha hecho popular, y ha inspirado el lápiz y el pincel de muchos y grandes artistas.

En esta semana ha celebrado la Iglesia la memoria de estos dos patriarcas, fundadores de la vida eremítica.

En todas estas virtudes de la Tebaida, de los desiertos de la Escitia, de la Nitria, de la Capadocia, del Ponto, ¿deberíamos no ver al presente, como lo ven nuestros espíritus, aun siendo graves y serios, mas que místicos delirios, santos extravíos de la imaginación? No ciertamente: elevemos á mas altura nuestros pensamientos. Meditando los misterios del corazón humano y las disposiciones morales del mundo pagano de entonces, compréndese que habia en aquella forma exaltada que presentaba el monaquismo primitivo algo de providencial. No era al parecer la forma mas atractiva que pudo tomar en aquel tiempo: al hombre disgustado de las bajezas y degradaciones sociales; al hombre cansado de los goces, y cuya alma rechaza las culpables voluptuosidades; al hombre que se conoce impotente ante las seducciones de la tierra, ¿qué es necesario, en efecto, cuando una idea de fe, una convicción moral penetra en su corazón, una conversión progresiva, una reforma discreta y moderada? No cabe duda: necesita un cambio brusco, total, una penitencia extrema contra sus desórdenes, expiaciones gigantescas como sus crímenes. No obstante, el Occidente modificaba, aceptandola, la vida monástica, y la imprimía esa forma grave, esa dirección útil y práctica que forma su principal carácter. De una obra de entusiasmo y de arranques sublimes y sobrehumanos habia de salir especialmente una obra de aplicación y realidad. Nosotros, hombres de la sociedad actual, sociedad de bullicio y de locura, no comprendemos este lenguaje; no podemos representarnos esos ancianos solitarios, alegran-

do con ocupaciones diversas los largos días del desierto, y preludiando ya aquel trabajo manual que iba á ser una de las prescripciones capitales de la regla de San Benito.

En las paredes del Campo Santo de Pisa, el pincel de los hermanos Lorenzo ha hecho una obra maestra de la vida exterior de los padres del desierto. Allí, á pesar de los destrozos ocasionados por el tiempo en esta obra del genio cristiano, se descubren escenas tiernas y milagrosas de aquellos hombres de la soledad, representadas con un encanto indecible que arrebató la admiración de los viajeros que van á ver aquella maravilla. Allí, considerando nosotros atentamente aquellos episodios de la orden eremítica y el cuadro de las diversas ocupaciones que llenaban los largos días de aquellos antiguos anacoretas, nos hemos creído transportados con ellos al seno de su querida soledad, y hemos sentido pasar por nuestra alma un reflejo de la profunda calma, de la pura seguridad que regocajaba el corazón de aquellos ancianos hijos del desierto!!!...

EPIGRAMAS.—20 de enero de 1365. Muerte de Santiago Lainez, segundo general de los Jesuitas, distinguido español, fué uno de los primeros compañeros de San Ignacio: sus talentos y grandes conocimientos le llevaron al generalato de esa orden despues de la muerte de su fundador. A él se le atribuyen las constituciones de los Jesuitas, que tan poderoso han hecho este instituto, juzgado de modo tan vario. El P. Lainez no tenia ambición personal; rehusó la púrpura que le ofreció el Papa.

En 21 de enero de 1535, Ginebra se separó de la comunión Romana y llamó á Calvino y Farel que nombró por sus pastores.

EL CONDE DE FABRAQUER.

SECCION CIENTÍFICA.

LECTURAS CIENTÍFICO-INDUSTRIALES.

Demostación de los principios físicos que sirvieron de base al descubrimiento de los globos aerostáticos.—Ascension primera de estos en Paris.—Primer viaje aéreo por Pilatre de Rogier.—Excursion de Blanchard y Jeffries.—El globo en la batalla de Fleurus.—Ascension de Gay-Lussac.—Construcción y ascension de los globos.—Paracaidas.

Epusimos en el número anterior del SEMANARIO los principios físicos, que sirvieron de base al descubrimiento de los globos aerostáticos, y cuyo conocimiento proporcionó á los hermanos Montgolfier la solución de un problema, que como otros muchos, se hallaba encerrado en datos y fórmulas científicas, sin encontrar ni en la cátedra del doctor Black, ni en el gabinete de Cavallo, una aplicación que viniese á evidenciar la necesidad, hoy cumplidamente satisfecha, de que el método experimental, cuyo representante es Bacon, sustituyese en la esfera científica, despues de un prolongado dominio, al método inductivo cuya personificación fué Descartes. Gracias á las tendencias de nuestro siglo, lo útil y lo práctico se prefiere á vanas y estériles teorías; la verdad á las hipótesis; los hechos á las frases; las observaciones razonadas á los textos; y es bien seguro que el descubrimiento de los globos aerostáticos, no fuera motivo de sorpresa para los académicos franceses, si las teorías en aquella época, cual hoy sucede, se hubiesen encontrado estrechamente unidas á las aplicaciones.

Antes de ocuparnos de las diferentes ascensiones que de sus globos llevaron á cabo los hermanos Montgolfier y de los perfeccionamientos que en los mismos efectuaron varios físicos, creemos oportuno representar los instrumentos, y describir las esperiencias por cuyo medio pueden demostrarse la mayor parte de los principios científicos, que espusimos en nuestra Lectura anterior. Para patentizar la presión que ejerce la atmósfera, podemos recurrir á los siguientes aparatos: La figura 1.^a, véase pág. 80, representa un cilindro hueco de vidrio, cuya parte in-

ferior, perfectamente escuadrada y untada de sebo, se encuentra fija en el recipiente de una máquina neumática, ó sea del aparato que se emplea para efectuar el vacío en un espacio dado. La parte superior del cilindro, al cual nos contraemos, se halla cerrado herméticamente por una membrana ó pergamino, el cual al principio á actuar la máquina neumática verificando el vacío en el cilindro de vidrio, se deprime en virtud de la presión atmosférica superior que sobre él actúa, y de la disminución inferior que en la misma origina progresivamente aquella máquina, hasta que rebienta el pergamino, y surge una detonación violenta causada por la entrada súbita del aire.

El aparato que acabamos de describir, demuestra la presión atmosférica que actúa de arriba hacia abajo; pero el que va á ocuparnos en seguida, denominado *hemisferios de Magdebourg*, patentiza de una manera evidente que la presión atmosférica se trasmite en todos sentidos. La figura 2.^a, véase la pág. 80, representa dos hemisferios huecos de cobre, cuyos bordes se encuentran provistos de una rondela ó anillo de cuero untado de sebo, para conseguir que al encajar las dos mitades que constituyen el aparato, lo efectúen herméticamente y conserven el vacío interior que podemos efectuar, poniendo en comunicación el hemisferio inferior con el plato de la máquina neumática. Mientras que no funciona esta, puesto que entre los dos hemisferios se encuentra el aire atmosférico, y que existe, por consiguiente, equilibrio entre la parte inferior y exterior de los mismos, pueden separarse con la mayor facilidad, lo cual no acontece, si poniendo en acción la máquina neumática, efectuamos el vacío interior de los hemisferios, cuya separación en tal caso solo puede lograrse, ejerciendo esfuerzos considerables, que deben desarrollarse, cualquiera que sea la posición en que se coloque el aparato, cuya necesidad nos manifiesta que la presión atmosférica se ejerce en todos sentidos, como nos indica la lámina 3.^a, véase la pág. 80.

Para demostrar que todos los cuerpos que se encuentran en la atmósfera, pierden una parte de su peso, igual al peso del aire que desplazan, nos valdremos de un aparato, que es simplemente un fiel de balanza, en uno de cuyos extremos se encuentra suspendida una pequeña masa de plomo, que equilibra, al encontrarse en la atmósfera el aparato, una esfera hueca de cobre, cuyo volumen es aproximadamente de medio decímetro cúbico. Si el aparato que hemos descrito se sitúa bajo el recipiente de una máquina neumática y se efectúa el vacío, el fiel de la balanza que por equilibrarse los dos cuerpos suspendidos á sus extremos, se mantenía horizontal al encontrarse en la atmósfera, se inclinará, según indica la figura 4.^a, véase la página 80, hacia el lado del cual pende la esfera de cobre, hecho que indica en realidad que pesa mas que la pequeña masa de plomo; puesto que, al encontrarse los dos cuerpos que equilibramos en el vacío, solo obedecen á la acción de la pesantez por no actuar sobre ellos presión alguna; por lo tanto, es evidente que en el aire la esfera perdía cierta parte de su peso. Si queremos comprobar, valiéndonos del mismo aparato, que la pérdida á la cual nos referimos, es igual al peso del aire desplazado por la esfera, mediremos el volumen de esta, y calculando el peso de un volumen igual de aire, al añadir dicho peso, al de la pequeña masa de plomo, si bien no subsistirá el equilibrio del fiel, al situar el aparato en la atmósfera, se establecerá al encontrarse de nuevo en el vacío.

Despues de esta digresión que hemos aceptado por parecernos medio adecuado para popularizar el conocimiento de aparatos y esperiencias que guardan estrecha relación con el descubrimiento de los globos aerostáticos, continuaremos su historia, contrayéndonos al punto en que la terminamos en nuestra Lectura anterior.—La Academia de ciencias de Paris, se asoció al entusiasmo universal con que fué recibido el descubrimiento de los hermanos Montgolfier: una comisión de la cual formaban parte entre otros miembros distinguidos, Lavoisier, Condorcet y Leroy, se ocupó del estudio de las esperiencias aerostáticas, y la

corporación científica de que tratamos, disputó á la corte el honor de concurrir con sus medios, á la repetición del gran espectáculo que con verdadera admiración habían presenciado los habitantes de Annonay.

Digamos al ocuparnos del globo que el día 27 de agosto de 1783 inauguró en París, en el campo de Marte, ante una multitud innumerable las ascensiones aerostáticas, que los dos Montgolfier emplearon exclusivamente para henchir sus globos el aire dilatado por medio del calorífico, por cuya razón se designan con el nombre de aquellos los que utilizan el aire enrarecido para su ascension, á fin de distinguirlos de los que se llenan de gas hidrógeno, único sistema que se emplea en la actualidad, y que fué el primero en aplicar el profesor de química Charles, al verificarse la ascension á que venimos refiriéndonos. El día ya citado, á las cinco de la tarde, salvas de artillería anunciaban á la población de París y á los sábios, que provistos con instrumentos debían observar la ascension del globo, que se lanzaba al espacio, y al perderse en él, nuevas salvas de artillería dieron parte de este acontecimiento, del fin de una aplicación científica á la que habían asistido, con singular contentamiento y no escasa admiración, todos los habitantes de París y de sus cercanías.

Después de nuevas ascensiones de sus aparatos que efectuaron los hermanos Montgolfier, bajo la dirección de la Academia de París, á las cuales concurrían con toda su pompa y brillo la corte y la nobleza de Francia. *Pilatre de Rogier*, con una audacia digna de aplauso, efectuó en un globo, retenido por medio de cuerdas, varias ascensiones, elevándose á alturas de más de trescientos pies, entre los frenéticos aplausos de la muchedumbre. Entusiasmado *Pilatre de Rogier* por el éxito de sus ascensiones, y seguro de los principios físicos que le daban medios para lanzarse á la inmensidad, se determinó á efectuar el primer viaje aéreo, y el 21 de noviembre de 1783, un globo libre, henchido de aire dilatado, en el que entraron *Pilatre de Rogier* y *D'Arlandes*, ascendió á la atmósfera en el bosque de Boulogne causando en todos los espectadores tanta admiración como temor, afecto que expresó elocuentemente el silencio solemne en que se mantuvieron aquellos, desde el momento que los aeronautas principiaron á elevarse. El éxito de este viaje fué favorable, y los dos célebres navegantes efectuaron felizmente su escursión, resultado sorprendente y fabuloso, al recordar que para mantener la dilatación interior del aire que llenaba el globo, pendía de la parte inferior de este un haz de paja encendido, que á cada momento y por mil causas fáciles de comprender, podía incendiar el frágil vehículo que los elevaba al espacio. Diez días después de efectuado este viaje, el profesor de física, Charles, de quien nos hemos ocupado anteriormente, acompañado del mecánico Robert, efectuó otra ascension aerostática en el jardín de las Tullerías, con un globo henchido de gas hidrógeno, que fué coronada igualmente con un resultado lisonjero.

Resuelto el problema de las ascensiones aerostáticas, infinitos fueron los individuos que se lanzaron á efectuarlas, y rara la población importante de Francia que no puso en juego todos sus medios para lograr la contemplación de su espectáculo. Fuera tarea ociosa, pues, el ocuparnos de estas ascensiones que no ofrecieron ningún progreso, ni suceso notable, si exceptuamos el temerario arrojó con que el 7 de enero de 1785, *Blanchard*, acompañado del doctor americano *Geffries*, cruzó de Douvres á Calais por medio de un globo que pudo ganar las costas de Francia después de dificultades inmensas y de peligros inminentes, que prestan verdadero interés á la detallada relación que de su viaje aéreo comunicó el doctor *Geffries* á la Sociedad Real de Londres.

Los globos aerostáticos hasta hoy no han recibido aplicaciones importantes, aunque en 1794 el ejército francés, en la batalla de Fleurus, usó un globo cautivo ó retenido por medio de cuerdas, en el que se encontraba un observador, y que por medio de señales convencionales, debía

indicar al ejército francés los diversos movimientos que practicasen las tropas enemigas. Las ascensiones de *Gay-Lussac*, efectuadas en el mes de julio de 1804, merecen también mención particular, tanto por la inmensa altura, 7,016 metros, á que se elevó, sobre el nivel del mar, como por las observaciones y datos científicos, que como resultado de ella consignó el célebre físico. Los globos aerostáticos solo serán de una utilidad incontestable el día en que puedan dirigirse; el día en que el hombre, á mas de poderse elevar á la atmósfera, posea medios para surcarla según su voluntad, medios que hasta hoy no ha podido alcanzar, porque han sido completamente infructuosas cuantas tentativas ha practicado para resolver este problema.

Pasemos á ocuparnos en la actualidad de la construcción de los globos y de las operaciones que deben efectuarse para conseguir su ascension. Inútil nos parece manifestar, por ser conocido de todos, que los globos de forma casi esférica, se componen de largas tiras fusiformes de lienzo, cosidas y dadas de un barniz de caucho, para conseguir la impermeabilidad del tejido. En la parte superior del globo existe una válvula que cierra un resorte, y que, según sus deseos, puede abrir el aeronauta por medio de una cuerda. Una ligera barquilla de mimbre, en la cual se sitúan los aeronautas, pende de la parte inferior del globo, sostenida por una red que cubre á este, como indica la figura que representa en nuestra *Lectura* anterior, el acto de lanzarse el globo en la atmósfera.

Ya hemos manifestado que al surgir el descubrimiento de los Montgolfier, los globos se henchían de aire dilatado, al cual se prefiere actualmente el gas hidrógeno, cuya densidad es catorce veces menor que la de aquel, y no pocas veces se utiliza, en razón á su económico valor, el gas que se emplea para el alumbrado, y que se obtiene al terminarse la destilación de la hulla, con el cual se llenan los globos con extrema facilidad, poniendo en comunicación con uno de los tubos de gas, una manguera engomada que conduzca este á la parte inferior del globo.

Una de las figuras publicadas en nuestro número anterior, representa un globo en el acto de llenarse de gas hidrógeno: á la derecha de dicha lámina, se representan varios toneles, en los cuales se encuentran las virutas de hierro, el agua y el ácido sulfúrico, que son las sustancias precisas para la preparación del hidrógeno. Los toneles comunican con uno central, exento de fondo, y cuya parte inferior se encuentra sumergida en una tina llena de agua: el gas, al lavarse en esta, cruza un tubo de tela engomada, que partiendo del tonel central, lo conduce al globo, del cual parten varias cuerdas atadas á su parte superior que pasan por el extremo de unos mástiles provistos de poleas, por cuyo medio se facilita la introducción del gas en el globo. A medida que este se llena, es preciso oponerse á su fuerza de ascension, fin que se consigue por el esfuerzo que desarrollan varios hombres en los extremos de las cuerdas que parten de la red que cubre el globo. Al encontrarse henchido este, que no debe llenarse completamente de gas, porque al disminuir la presión atmosférica con su ascenso, se dilata en cambio el gas que le ocupa, lo cual podría determinar la explosión del globo, se interrumpe la comunicación de este con el tubo que conducía el gas, se ata la barquilla de mimbre á las cuerdas de la red, y á una señal dada se aflojan las que retienen el globo, que se eleva con una velocidad tanto mayor, cuanto menor es su peso relativamente al del aire que desplaza.

El barómetro con sus indicaciones manifiesta al aeronauta si asciende ó desciende, puesto que en el primer caso, bajará la columna de mercurio, subiendo, por el contrario, al ser cierta la segunda hipótesis: con el mismo instrumento puede apreciar la altura á que se haya elevado. Una bandera fija á la barquilla, véase la figura de la p. 56 de la *Lectura* anterior, por su posición, respecto á aquella, puede indicar igualmente al aeronauta si sube ó baja en su escursión aérea. Cuando quiere este efectuar su descenso, tira la cuerda que abre la válvula superior del globo, y este

aparato desciende, puesto que se mezcla el gas con el aire exterior; si desea aminorar la rapidez de su descenso, ó volver á subir por no bajar en un sitio peligroso, el aeronauta arroja el lastre que contenga su barquilla, y del cual debe de antemano proveerse: Puede facilitar igualmente su descenso, suspendiendo una pequeña ancla á una cuerda, la cual fijándose en un obstáculo inmóvil, le presta medios para efectuar su descenso.

El *paracaidas* es el aparato que permite á los aeronautas abandonar el globo y verificar su descenso, siendo la base de su aplicación, la resistencia que opone el aire á la caída de los cuerpos graves, resistencia que guarda relación con la velocidad de los cuerpos, y con la estension de la superficie que presentan al aire. Este aparato, como puede verse, examinando la figura que acompaña á nuestro artículo anterior, consta de una vasta tela circular, que, á causa de la resistencia del aire, se estiende en forma de un gran paraguas, de cuya circunferencia parten varias cuerdas que sostienen la barquilla que ocupa el aeronauta; en el centro del paracaidas se nota una abertura, por la que se escapa el aire comprimido por el descenso, y sin la cual se crearían fuertes oscilaciones, que podrían ser funestas para aquel.

J. Garnerin fué el primero, que contó con audacia bastante, para precipitarse desde una altura de 1,000 metros, auxiliado por el aparato que hemos descrito, antes de que se hubiese pensado en practicar la abertura superior que impide las violentas oscilaciones, que por poco completaron el éxito de la atrevida empresa que acometió el susodicho aeronauta.

Segun varios autores, es muy antigua la aplicación del paracaidas, puesto que se conocía ya este aparato en 1617.

J. CANALEJAS Y CASAS.

CRÓNICA ESTRANJERA.

La cuestión italiana continúa llamando la atención de los círculos políticos extranjeros. Los periódicos que recibimos de Francia, de Italia, del Austria y del Piamonte, son sobre todo los que mas se ocupan del porvenir del reino Lombardo-veneto, emitiendo consideraciones y presagios tan diversos entre sí como diversos son los deseos ó aspiraciones de cada una de estas potencias.

Hasta ahora por mas que se noticiaba la concentración de fuerzas austriacas en el mencionado reino, se habia puesto en duda; aun mas, el mismo gobierno austriaco habia querido disimularlo. Sin embargo, los periódicos oficiales de las naciones mas interesadas en el asunto, han venido á declarar posteriormente la verdad de un modo indudable. Hé aquí por qué la misma *Gaceta Piamontesa* ha anunciado en una nota oficial que el Gobierno sardo, en revancha del envío de los 30,000 hombres al ejército austriaco de Italia, ha reforzado tambien todas las guarniciones de la frontera lombarda. Y ha hecho muy bien. ¿Quién asegura al Piamonte que el Austria, recelosa en extremo como está de las simpatías que el rey *Victor Manuel* obtiene en el reino Lombardo-veneto, no se presente de pronto en actitud hostil, por mas que quieran intervenir en tan malhadada cuestión las potencias europeas?

Nada tanto como los diversos incidentes que surgen del estado actual de la política, prueba la inseguridad en que la duración de la paz y amistad entre las mencionadas naciones se halla colocada. En efecto, al enumerar alguno de estos incidentes podrá venirse en conocimiento del anterior aserto. Después de las palabras dirigidas en el palacio de las Tullerías al Embajador de Austria por el Emperador de los Franceses, el Monarca del Piamonte abrió las Cámaras del reino, y ha pronunciado uno de aquellos discursos que desde luego revelan las intenciones ulteriores del que los pronuncia. En medio de estrepitosos aplausos, en medio de entusiastas vivas y aclamaciones, oyeron los senadores y diputados

piamonteses: «Que el horizonte que se descubre al empezar el nuevo año no está completamente sereno; que firmes con la experiencia de lo pasado, marcharán los Sardos resueltamente ante las eventualidades del porvenir; que si bien el Piemonte respetará los tratados, no será insensible al grito de dolor que hacia él se eleva de tantos puntos de Italia.»—Las anteriores palabras fueron pronunciadas por Victor Manuel con voz muy conmovida, y las mas entusiastas aclamaciones casi no le permitieron concluir las.

Apenas acabara de pronunciar el Monarca sardo su discurso, cuando ya el telégrafo llevaba a todas partes la noticia del sentido favorable a la Italia que encerraba, y el pánico se apoderaba instantáneamente de las bolsas extranjeras; los fondos bajaban, retirándose las contrataciones, y en todas partes de nuevo se creía inminente un rompimiento entre el Austria y otras potencias. Entonces ha sido cuando el *Journal des Débats* ha publicado un extenso artículo relativo a la gran preocupacion de las cuestiones extranjeras, declarando, segun su concepto, que teme mucho que el gobierno francés se vea un día comprometido a hacer la guerra, sin quererla y sin desearla, gracias a los grandes esfuerzos que se hacen para alucinarle y hacerle tomar parte en la cuestion italiana; que el Austria no es tan despreciable como sus enemigos declaran; que la Rusia poca ó ninguna ayuda daría a la Francia y al Piemonte lanzados a una guerra en las llanuras de la Lombardia, y que la Confederacion Germánica por patriotismo defendería las fronteras del Mediodía que son los límites de las posesiones austriacas en la Italia.

Pero ¡cosa singular! en medio de tan varias preocupaciones, sale una noticia del palacio de las Tullerías; y, segun unos, la paz puede considerarse ya consolidada; segun otros, ahora mas que nunca se halla la Europa en vísperas de una guerra; y en fin, otros creen que la cuestion italiana no habrá adelantado un paso, sino que quedará, entretenida por largo tiempo. No en otra cosa consistía la noticia que en publicar el casamiento del príncipe Napoleon con una princesa de Saboya. «El casamiento del príncipe Napoleon con la princesa Clotilde, dice una correspondencia particular escrita últimamente desde Viena, es considerado por el gobierno austriaco mas bien como un medio de alcanzar popularidad en Italia y de entretener a los italianos, que como una demostracion de los proyectos de la Francia en aquel país.»—Sea de esto lo que fuere, es lo cierto que el príncipe Napoleon ha partido para el Piemonte, acompañado del general Niel, ayudante de campo del emperador Napoleon III, del coronel Falconiere, primer ayudante de campo del príncipe; del comandante Ferri-Pisani, ayudante del mismo; del capitán Waldner de Frensdentein; del teniente de navío Dubuisson, oficiales de órdenes, y de Mr. de Hubaine, su secretario particular.

Como es de suponer, este suceso ha caído como de improviso en medio de los vaticinios que sobre el porvenir de Italia se hacían desde la recepcion de las Tullerías del 1.º del año. Cada periódico le comenta a su manera, ó le añade alguna noticia. El *Constitutionnel*, al ocuparse de la partida del príncipe Napoleon para el Piemonte, dice que el príncipe solo permanecerá ocho días en los Estados del augusto padre de su esposa, y que en este tiempo se verificarán sus espasmos con la princesa Clotilde. La *Independance belge* dice mas: sus espasmos son algo atrevidos. Hélas aquí:

«Nosotros, dice, hemos sido los primeros que recibimos de Paris la noticia del matrimonio del príncipe Napoleon con la princesa Clotilde, hija del rey Victor Manuel. El secreto se había guardado bien para que no se traspasara nada en los círculos mejor informados. El mayor misterio ha reinado sobre las gestiones diplomáticas que han conducido esa alianza, cuyas consecuencias é importancia pueden ser inmensas en las circunstancias presentes. El matrimonio del príncipe Napoleon con la princesa Clotilde de Cerdeña, es a Francia que casa con la independencia italiana.»

Ahora preguntamos nosotros: puesto que el proyectado enlace ha llegado a realizarse, como ha asegurado un despacho telegráfico de Turin, ¿cuál será el porvenir de la Italia? Si el Austria, el Piemonte y la Francia se empeñasen mas adelante en abierta lucha en nombre de la libertad italiana, ¿veríamos al príncipe Napoleon sentado en el trono de algun reino europeo?

JANER.

CRÓNICA DE MADRID.

Trátase aquí, amigo lector, de hacer una crónica de Madrid, y sabido es que en esas crónicas hay que hablar de todo y sobre todo.

Pues bien; mi tarea te va a parecer muy fácil si se atiende a que el mundo me pertenece, y para probarlo, empezaré hablando de las fiestas de Navidad, y de.....

¡Ay de mí! Ya queda dicho todo lo que puede decirse sobre este punto, y me es preciso buscar otra cosa que ofrecer al lector. Hablaré, pues, de los crímenes y robos que han tenido lugar en la coronada villa desde el principio del año, ó de los acontecimientos políticos que señalaron la venida del año de gracia de 1859; ó tambien de funciones dramáticas y líricas, de tertulias, conciertos, bailes y diversiones de todo género y especie.

Otra vez me encuentro detenido en este camino por causas varias y todas en contra mía, puesto que la criminalidad no ofreció nada ó casi nada desde el primer día de este feliz é inocente año—que espero no seguirá así—y que por otra parte la critica de teatros está a cargo de literatos especiales, que han dado y darán sobre esta materia juicios criticos mucho mejores y mas ilustrados que los que pudiesen presentarse en una crónica.

Quedan, pues, la política y las diversiones; en ambos extremos me encuentro súmamente perplejo. Tocante a los políticos, esta breve reseña será insuficiente para dar una idea clara de lo que ha pasado en los últimos tiempos, y por lo tanto, no haré mas que consignar como cosa de actualidad la llegada a Madrid de S. A. el Príncipe de Baviera y de su augusta esposa la infanta Doña Amalia. Por lo que toca a la guerra de progresistas y moderados, mi crónica se compromete a tener al lector al corriente de lo que en adelante suceda; pero no veo en el pasado nada digno de mencion especial, a no ser la proposicion del señor Marqués de Miraflores, que queria dejar a la suerte el cuidado de elegir a los diputados de la nacion. No habiendo tenido buena acogida en el Senado la proposicion del señor Marqués, parece que se ha propuesto introducir en ella varios cambios, y desde luego, en el concepto de su autor, no podían sus colegas desecharla.

Lo que se puede asegurar es que dicha proposicion tuvo gran éxito entre los aficionados a escentricidades.

Dejemos, pues, la política, y vamos a hablar de diversiones. Decididamente estoy en desgracia; ya no hay tertulias, bailes ni conciertos; la muerte, esta deidad incansable, tendió su negro velo sobre tres personajes pertenecientes a la mas elevada aristocracia, y la grandeza española lleva el luto de sus compañeros fallecidos, entre los cuales marcó al Sr. Cervellon, que ha dejado unos cien millones a sus herederos.

Me queda el último recurso; hablar de la temperatura, y concluiré sobre este asunto de una manera digna de una buena y honesta crónica, como ha de ser la mia. Se hablaba del frío delante de una señorita, que como todos, se quejaba de la crudeza del tiempo.

—Por mi parte, dijo un sugeto, hay una cosa que no puedo comprender; esto es, cómo no se hielan los ciegos en las esquinas, donde piden limosna sin que siquiera el frío haga temblar su voz.

—Eso se entiende perfectamente, contestó la jóven; los ciegos son como ciertos árboles siem-

pre verdes del Norte, que no sufren del frío; el pino, por ejemplo.

—Es decir, replicó el primero, que son hombres-pinos.

JUAN DEL CORREO.

REVISTA DE TEATROS.

Empezaremos hoy nuestra revista hebdomadaria por la comedia del Sr. D. Narciso Serra estrenada en el Circo, titulada *La calle de la Montera*, que como todas las de este fecundo ingenio, abunda en chistes de buena ley, y está versificada con una admirable facilidad y viveza en el diálogo. El argumento que sirve de base a esta comedia (época de Felipe III) es por demás sencillo, y apenas tiene interes. Su protagonista es una linda segoviana, viuda de un Monero de Espinosa, que habita en Madrid en la calle llamada hoy de la Montera, y cuyo nombre data, segun la tradicion, de la época referida. La belleza y hermosura de esta célebre beldad son continuamente causa de riñas y desafíos, hasta que al fin se decide por dar su codiciada mano al sobrino del alcalde Cantillana. La trama de esta comedia es tan sencilla, que el espectador prevee el desenlace desde las primeras escenas.

El primer acto tiene todo el sabor y el colorido de una comedia de Lope de Vega; pero el segundo y tercero decaen lastimosamente, hasta el extremo de sostenerse solo por su galana y correcta versificación.

En el desempeño de esta obra hubo de todo: el Sr. Romea caracterizó admirablemente el personaje del alcalde Cantillana: la señorita Hijosa hizo cuanto estuvo de su parte por sacar adelante su papel; pero este era superior en mucho a sus fuerzas; el Sr. Romea (D. Florencio) estuvo inimitable en el suyo, como igualmente el Sr. Tamayo; no así el Sr. Fernandez, que no pudo estar peor, y la señorita Mateos, que estuvo desgraciadísima, aunque a ello contribuye mucho en parte lo ingrato de su voz y su poca animacion en las tablas.

Ejecutóse despues la pieza en un acto traducida del francés por D. José Olona, titulada *Lágrimas del Cocodrilo*, y la cual como dijimos en nuestro número anterior, tuvo el poco envidiable privilegio de ser silbada.—Descanse en paz por mucho tiempo.

En este mismo teatro se ha estrenado últimamente otra pieza en un acto, tambien de Don José Olona, titulada *En la cara está la edad*, y que no pasa de ser un sainete de muchas menos condiciones literarias que las *Lágrimas del Cocodrilo*; pero que en cambio tiene algunos chistes. Se conoce que el Sr. Olona (D. José), a imitacion del gallego de Moratin, va sacando de sus alforjas comedias a montones, dignas todas, por otro lado (sea dicho entre paréntesis) del actor que las patrocina. ¡Es mucho el delicado gusto del Sr. Fernandez!

En el teatro de Novedades se ha puesto en escena últimamente la comedia nueva en tres actos y en verso, original del Sr. Berzosa, titulada *Quemar las naves*. Aunque su fabula es sencilla, está conducida con habilidad, si bien en algunas escenas se nota la inesperecia que el autor tiene del teatro. En su ejecucion se distinguió el Sr. Calvo, que caracterizó perfectamente el tipo de un sargento retirado, y la señora Rodriguez, que, aunque encargada de un papel de poca importancia, en obsequio al autor, supo dar animacion y vida al acto tercero, contribuyendo en no poca parte al feliz éxito de la obra.

En el coliseo del Principe se ha estrenado la comedia en tres actos y en verso, original del Sr. Ossorio, actor del referido coliseo, titulada *La Aurora de la fortuna*. Esta comedia, imitacion de nuestro teatro antiguo, abunda en situaciones bastante dramáticas y otras súmamente cómicas, que hicieron reír al público. La versificación es fluida, sonora y espontánea, y algunas de sus escenas, llenas de discreto, retruécanos gra-

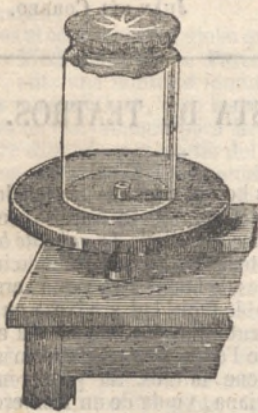


Fig. 1.ª



Fig. 2.ª



Fig. 3.ª

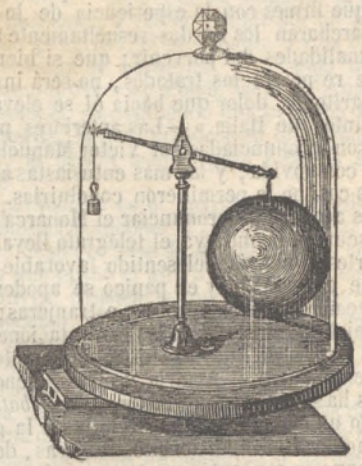


Fig. 4.ª

ciños y chistes oportunos, fueron muy aplaudidas. El público llamó al autor á la escena en el segundo acto y al final de la obra, el cual se presentó á recibir los justos aplausos debidos á su laboriosidad y talento.

La ejecución fué inmejorable por parte de todos los compañeros del Sr. Ossorio, á quien damos nuestra cordial enhorabuena por su merecido triunfo.

Ejecutóse en la misma noche la pieza nueva en un acto, traducida del francés por el Sr. Peral, *Un marido buen mozo y uno feo*, la cual, á pesar de los buenos deseos del Sr. Mario por salvarla, no pudo librarse de un fracaso, sepultándose la misma noche en un insondable abismo. ¿En qué piensa el Comité del teatro del Principe? ¿Tan pronto ha olvidado el descalabro que le hizo sufrir *Odio de raza*, que así da su exequatur á obras tan detestables?

En el teatro Francés se ha representado con muy buen éxito la comedia vaudeville en tres actos, *Les Crochets du père Martin*. En su ejecución, que ha sido esmeradísima, se han distinguido Mr. Roger, que ha caracterizado el papel del padre Martin con notable inteligencia y acierto, y Mme. Lemesle, Mlle. Cesarie y Mlle. Perrehot, que han sido todas muy aplaudidas; también son dignos de una honrosa mención MM. Esteve, Beaulieu y Bernadac, que ayudaron dignamente al *ensemble*.

En el teatro de Jovellanos han continuado con igual éxito que desde un principio las representaciones de *El Juramento*.

Por último, en el Régio coliseo se ha cantado la tan esperada ópera *I Puritani*, desempeñada admirablemente por la Kenneth, que hizo el papel de Elvira, y por los Sres. Giuglini y Bartolini, que estuvieron en extremo felices.

NUMA.

BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

La Civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo, Lecciones pronunciadas en el Ateneo de Madrid, por D. Emilio CASTELAR.

Con aplauso debe recibir y ha acogido de hecho el público científico la impresión de esta obra, fruto de madurados estudios, tan vastos como delicados, que apenas alcanzamos á conciliar con la temprana edad del autor.

A grandes rasgos, pero sin descuidar frecuentes é interesantes pormenores y noticias poco comunes, bebidas en muchas y respetables fuentes, desarrolla el Sr. Castelar el periodo mas intere-

sante de la civilización; el tránsito de la antigua edad al Cristianismo, y los primeros pasos de este hasta la época y muerte de... que alcanza el primer tomo de la obra.

La admirable y bien desempeñada fusión del sentido filosófico del trabajo, con el estilo eminentemente poético que le reviste, hacen interesantísimo el cuadro filosófico-histórico del conjunto.

Roma, la ciudad eterna, la diosa del paganismo, estaba predestinada á ser el teatro animado del mas interesante episodio de la historia humana: absorbiendo en su profético recinto los elementos dominantes anteriores de las civilizaciones oriental y griega, bajo todas las formas compatibles, representadas en definitiva en el poder patricio y el plebeyo, va por diferentes grados fundiendo ambos resortes en uno, destinado á preparar el advenimiento del cristianismo. Principiando por el estado republicano, mas popular que aristocrático, viene á parar gradualmente al imperio, mas necesario é influyente históricamente hablando, que aquel, para producir un nuevo orden de cosas, mediante la energía de una fuerza central, que, omnipotente en el orbe entonces conocido, relacionara y activara su destino, como impulsa el corazón la sangre hasta las mas extremas fibras del organismo humano. No empece al progreso de la idea cristiana, mediante el imperio, ni la misma ferocidad de los mas abominables emperadores, quienes aun así, llevados de la corriente de las circunstancias, realizan parte del bien en su efímero y tumultuoso tránsito por el valle de las miserias humanas. Esta idea de la parte primera de la obra sigue sostenida con la mayor consecuencia, mediante la exposición de los elementos griego y oriental en lucha con el nuevo del cristianismo, que á favor de ellos y á la par contra ellos se desarrolla, cuyo germen existía en las antiguas civilizaciones, como la futura encina en el rudimento de la simiente.

El Sr. Castelar discute en estas esplicaciones con igual aplomo y brillantez el arte clásico y el paganismo en presencia de las ideas cristianas, y los conduce á su debida é inevitable muerte; pero despues de haber prestado los beneficios que estaban llamados á producir en tiempo y sazón. También, por último, produce la necesidad del apareamiento del cristianismo, y señala sus primeros pasos, penosos y llenos de gloria en su lucha material é intelectual con el imperio.

El todo ofrece un sistema histórico de la época, lleno de pensamiento original, adornado de interesantes retratos y paralelos, de descripciones amenas y pintorescas hasta el éxtasis, de antitesis bellísimas, de noticias curiosas, de observaciones nuevas y oportunas, y revestido con un len-

guaje, según los casos, patético, natural, elegante y sublime.

Solo haríamos alguna observación acerca de la extensión violenta de ciertos periodos, si el autor con la modestia, que le caracteriza, no hubiera prevenido semejante juicio en una aclaración importante, que acompaña el final del tomo.

En suma, creemos que nuestros estudiosos jóvenes deban proponerse esta publicación como modelo de elocuencia, de sentido histórico y de elevación verdaderamente cristiana; y todos, medítandola, acatar como el autor los inescrutables designios de la Providencia.

FRANCISCO GAYOSO.

BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

Compte-rendu des travaux du Congrès de la propriété littéraire et artistique, par Mr. Edouard ROMBERG, secrétaire générale du Congrès. Ur vol in-8.º Paris, chez Guillaumin.

El primer tomo de esta publicación, único dado á luz, ofrece, además de la reproducción de las discusiones, una serie de documentos referentes á las cuestiones ventiladas en el Congreso, y la correspondencia de cierto número de sujetos notables, literatos y artistas, que, no habiendo podido presentarse en Bruselas, han hecho presentes al Comité de organización sus ideas generales acerca de los puntos reseñados en el programa. Precede al volumen una introducción, en que Mr. Romberg ha dilucidado especialmente la cuestión del derecho perpetuo de los escritores y de los artistas. La doctrina de la perpetuidad, según manifiesta el autor, se halla rechazada por todas las legislaciones, y ha sido condenada siempre que ha sufrido un maduro examen, y en particular por la comisión francesa de 1825.

L'Ancien Régime et la Révolution, par Al. de TOCQUEVILLE. 4.ª edition, chez Michel Lévy.

Sabemos cuál ha sido el éxito, que coronó la primera edición de este estudio penetrante y arriesgado acerca de la revolución francesa. Semejante resultado era de aquellos, que se difunden y consolidan con el tiempo. La obra de Mr. de Tocqueville, que cuenta ya hoy cuatro ediciones, tiene ya su lugar señalado entre los importantes trabajos de ciencia y filosofía histórica, que han de hacer la honra de nuestra época.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Baillière,
— editor responsable y propietario. —

SUMARIO. *Los Tramperos del Arkansas*, por Gustave Aimard, pág. 65.—*Por un asfiter*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 69.—*La Luz del Cementerio*, por Federico Ulrrera, pág. 71.—*Viaje á Alemania*, pág. 75.—*Sociedad religiosa*, pág. 76.—*Lecturas científico-industriales*, pág. 77.—*Crónica estranjera*, pág. 78.—*Crónica de Madrid*, pág. 79.—*Revista de teatros*, pág. 79.—*Bibliografía española*, pág. 80.—*Bibliografía estranjera*, pág. 80.